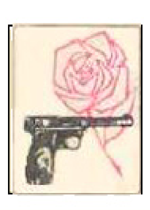




Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

La puerta del infierno

La CIA ha recibido una nota firmada por Luciferius, con una película en la que se ve la desintegración total del globo terráqueo. La nota dice así: «Para evitar el final que ustedes acaban de presenciar, deben enviar a su mejor agente al Whitesands Hotel de Mombasa, Kenya, inmediatamente; esperará en la piscina leyendo la obra de Milton “El Paraíso perdido”».



Lou Carrigan

La puerta del infierno

Brigitte en acción - 236

Archivo Secreto - 232

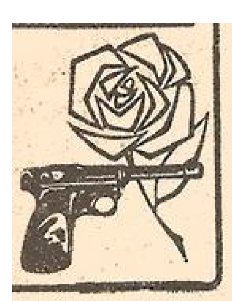
ePub r1.0

Titivillus 21-11-2017

Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



La despedida

Estaban los dos tendidos sobre el césped, tomando el sol, junto a la piscina. Inmóviles, ambos boca arriba, gozando de la tibia caricia, como envueltos en el azul refulgente del cielo.

De pronto, él giró hacia ella, se apoyó en un codo, y se quedó mirándola. Como siempre, tuvo la impresión de que una zarpa le desgarraba el pecho, oprimía su corazón…

—Brigitte.

Brigitte Montfort, alias Baby, la espía más linda y peligrosa del mundo, abrió los ojos, y miró a Número Uno, el mejor espía de todos los tiempos.

—Dime, mi amor.

—Supongo que no quieres perder el avión.

Ella volvió a cerrar los ojos. Estuvo así quizá un par de minutos. Cuando los abrió de nuevo, él seguía en la misma postura, contemplándola. La divina espía suspiró profundamente. Luego se puso en pie, siendo imitada en el acto por Número Uno. Se dirigieron hacia la casa de la hermosa. Villa Tartaruga, donde, una vez más, Número Uno quedaría solo… Con sus flores, sus palomas mensajeras, sus libros y su música, con la simpática y gordísima ama de llaves *Mamma* María. En un lugar lleno de sol, alegre, elegante, confortable… pero terriblemente solo, como siempre que Brigitte se iba.

Mientras caminaban, Brigitte rodeó con su brazo izquierdo la cintura de Número Uno, que le pasó un brazo por los hombros. Él llevaba una toalla a la cintura, y ella, uno de sus diminutos y encantadores bikinis de color azul. Él tenía el cuerpo oscuro, y ella, de color dorado. Él tenía los ojos negros, ella, azules. En el atlético cuerpo de él destacaban, finos pero poderosos, los músculos; el cuerpo de ella parecía el de una deliciosa, perfecta, bellísima muñequita…:

Salieron poco después de la casa, vestidos de calle. Uno dejó las maletas delante de la casa, y fue al garaje, con el que regresó, para cargar en él el equipaje de Brigitte, que se estaba despidiendo de la gordísima *Mamma* María.

—¿Volverá pronto, *signorina*?

—Claro que sí. *Mamma* María. Muy pronto.

—Tiene que cumplirlo. Ya sabe que esta casa no parece la misma cuando usted no está aquí. El *signore* se queda tan triste que…

—Vas a perder el avión —dijo sombríamente Número Uno.

Brigitte le miró, sonrió, y se despidió definitivamente de María, besándola en las mofletudas mejillas. Luego, se sentó juntó a Número Uno, que puso en marcha el coche.

Una hora más tarde, en el aeropuerto de Luca, de la isla de Malta, ya cumplimentados todos los trámites y cargado el equipaje de Brigitte en el avión, tenía lugar la despedida final.

—No olvides que te espero para las Navidades —murmuró ella.

—Espero poder ir.

—Y te quedarás hasta el Año Nuevo, como siempre… ¿Sí?

Número Uno asintió con la cabeza, y señaló hacia las pistas. Brigitte le echó los brazos al cuello.

—No debes estar triste, mi amor… Ni ser injusto conmigo. He pasado contigo casi tres semanas, los dos solos…, a excepción de ese pequeño asunto del tesoro de Borkava Pnum. Hemos estado juntos más tiempo que nunca. ¿No podrías despedirme con una sonrisa?

—Lo siento —susurró él—. No puedo decirte adiós sonriendo.

—Como siempre, tienes razón —Brigitte le besó en los labios, largamente—. Adiós… Adiós, mi amor.

Número Uno bajó la cabeza, y no contestó. Ella se apartó de él, se dirigió hacia su avión… Durante unos minutos, Número Uno permaneció allí, como clavado al suelo. Luego, se acercó a uno de los ventanales, y se quedó mirando hacia las pistas.

Cuando vio elevarse el avión, ni un solo músculo de su rostro se movió, como si éste fuese de piedra. Estuvo mirando el aparato mientras fue posible. Luego, salió del aeropuerto, subió a su coche, lo puso en marcha, y emprendió el regreso a La Valletta, a Villa Tartaruga, la lujosa mansión que, sin Brigitte, le parecía, como

siempre, el más sórdido, miserable y triste lugar del mundo.

Y es que, realmente, amar no es siempre un buen negocio.

Capítulo Primero

—¡Ya está aquí! —vociferó Frank Minello—. ¡Ya ha llegado, ya está aquí, ha regresado, ella ha vuelto…! ¡Viva la vida! ¡Niguñigu-ñiguñigo-ñiguñíiiii, suenen los violines de la alegría! —siguió gritando mientras simulaba tocar un violín—. ¡Este es uno de los grandes días históricos de la ciudad de Nueva York! ¡Niguñigu-ñigu-ñigu-ñiguñiguñíiiiii…!

Y no sólo gritaba y simulaba tocar el violín, sino que daba saltos de un lado a otro del vestíbulo del apartamento de Brigitte, después de dejar sus maletas en el suelo.

—Eres un tonto, Frankie —rió Brigitte—. ¡No creo que haya para tanto!

Peggy, el ama de llaves de Brigitte, apareció corriendo del fondo del apartamento, llevando en un brazo al diminuto perrillo chihuahua, regalo de Minello años atrás, y al que Brigitte había puesto el nombre de «Cicero», en recuerdo, del gran espía. A Peggy le brillaban los ojos de alegría, y «Cicero» ladraba agudamente, estremecido de alegría su diminuto cuerpecillo, fijos sus saltones ojos en su ama.

—¡Señorita, qué alegría, ya está de vuelta! —exclamó Peggy.

—¡Guau, guau, guau! —Parecía chillar «Cicero».

—¡Niguñigu-ñiguñigu-ñiguñíiiiii…! —seguía «tocando» el violín Frank Minello.

Brigitte besó en ambas mejillas a la fiel Peggy, y tomó en sus manos a «Cicero», que parecía enloquecido, tan estremecido que semejaba sometido a una descarga eléctrica continua.

—¡Mi pobre chiquitín! —rió Brigitte—. ¿Tú también te alegras de verme? Bueno, bueno, deja de lamerme las manos… ¡Oh, Frankie, por favor, no grites más!

—¡Yo, yo, yo! —Se golpeó Minello el pecho con ambos puños—. ¡Yo he sido quien la ha recibido en el aeropuerto, yo he sido el que

la ha visto primero! ¡Apareció radiante como un millón de estrellas, bella como una diosa de los más azules cielos, maravillosa como una noche de amor en la Luna! ¡Y yo, yo, yo estaba allí para recibirla!

—Cada día eres más escandaloso —amonestó Brigitte—. Anda, vamos a tomar algo.

—¡Champaña «Perignon» con guindas! —aulló Minello—. ¡Eso es lo que vamos a tomar! ¡Me beberé seis botellas de champaña con cincuenta mil guindas! ¡La reina ha vuelto! ¡Viva la reina! ¡Niguñigu-ñiguñigu-ñi-guñiguñíiiiii…!

—Ha estado insoportable —dijo Peggy—. Por lo menos una vez al día ha estado viniendo a preguntar si la señorita regresaba ya. Es peor que una plaga, señorita… Se ha bebido él solo dos de las cajas de champaña que le envían desde París los señores del espionaje francés, ha vaciado seis botellas de *whisky*, ha estado dejando colillas de cigarrillo por todas partes…

—¡Frankie! —Le miró con reproche Brigitte—. ¿Has hecho eso?

—¡Sí! —admitió Minello, con gesto de desafío—. ¿Qué pasa?

—Pues… no pasa nada. Se recogen las colillas, y ya está.

—Ah. ¿Lo ves? —Miró Minello a Peggy—. Además, si yo no hubiese venido aquí a darte trabajo…, ¿qué habrías hecho?

—Eso también es verdad —admitió Peggy—. Oh, señorita, me olvidaba… Es que Frankie me aturde…

—¿Qué ocurre?

—El señor Pitzer la está esperando en el salón.

—¿Tío Charlie? —se sorprendió la divina.

—¡Oh, no! —gimió Minello—. ¡Oh, no, ese viejo buitre carroñero, no!

—Haz el favor de no meterte con él —advirtió Brigitte—. ¿Y cómo ha sabido tío Charlie que yo regresaba, Peggy?

—Se lo he dicho yo. Hace unos cuantos días que no deja de llamar por teléfono, interesándose por su regreso. Yo le he estado diciendo que no sabía cuándo volvería usted a casa, pero, cuando ayer recibí el telegrama, me pareció que debía avisarle. ¿He hecho mal?

—Claro que no. ¡Bueno, de nuevo en casa…! Ocúpate del equipaje, ¿quieres? No. Primero, sírvenos champaña con guindas a todos. Vamos a ver qué quiere tío Charlie, Frankie.

—¿Qué ha de querer? —mascullóMinello—. ¡Lo de siempre! ¡Enviarte a cualquier lugar del mundo para que te maten!

—Me parece que lo mejor será que sigas tocando el violín.

—Buena idea… ¡Niguñigu…!

Cuando Brigitte entró riendo en el salón, Charlie Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA, estaba muy cerca de la puerta, con gesto impaciente mal disimulado. Tras una brevísima y muy hosca mirada de reojo a Minello, que le hizo la pedorreta, se acercó a Brigitte, con una bien lograda sonrisa, tendiendo la mano…

—Tío Charlie —abrió Brigitte los brazos—. ¡Déjeme que le abrace!

—¡Cuidado! —gritó Minello—. ¡Puede clavarte uno de sus aguijones venenosos!

La advertencia no sirvió de nada, pues Brigitte, todavía riendo, abrazó a Pitzer, que en el acto olvidó la siempre antagónica y bromista actitud de Frank Minello hacia él… Cuando Brigitte dejó de abrazarlo, Pitzer tenía la impresión de que no estaba en este mundo, y convencidísimo de que ella tenía un perfume natural, que brotaba de su propia piel; al recibir un beso en cada mejilla pareció quedar, ya, fuera de combate.

—¡Pero si también está aquí Simón-Floristería…! —exclamó Brigitte, viendo a Simón de pie ante un sillón, sonriendo de oreja a oreja—. ¡Esto es todo un recibimiento!

El ayudante de Pitzer se adelantó…, y segundos después estaba más o menos en las mismas condiciones que su jefe. Esto es, como flotando en el maravilloso, dulce mundo del perfume natural de Brigitte Montfort, y notando en sus mejillas los cariñosos impactos de sendos besos.

—¡Esto es! —bramó Minello—. ¡Besos para todo el mundo, pero no para mí, que te amo hasta la locura!

—Frankie —se volvió la divina hacia él—; no seas embustero. A ti te he besado muchas veces en el aeropuerto.

—¿De veras? —Se pasmó Minello—. Pues lo he olvidado… ¡Tendrías que recordármelo! Yo creo que con unos cuantos besitos más…

—¡Se han terminado los besos! —rió de nuevo Brigitte—. ¡Vas a tener que conformarte con una copa de champaña!

—Una copa, una copa —refunfuñó Minello—. ¡Ya he dicho que

voy a beberme seis botellas, con cincuenta mil guindas! Eh, usted, tío calvo con aspecto de buitre, ¡despierte!

Chascó dos dedos ante las narices de Pitzer, que soltó un gruñido y fue a ocupar de nuevo un sillón, cercano al sofá, en el cual se había dejado caer Brigitte, mirando a todos lados. Pero de pronto, miró hacia el amplísimo ventanal que daba a la gran terraza, y su gesto se ensombreció.

—No hace un bonito día precisamente, ¿verdad? —murmuró.

—Sí —admitió Simón—. Está algo nublado. Pero es que estamos en diciembre, Baby.

—También era diciembre en Malta, y allá lucía el sol…

Hubo unos segundos de silencio. De pronto, Minello reaccionó, frunciendo el ceño.

—¿Cómo está el tipo ese de Villa Tartaruga? —Gruñó.

—Triste —susurró Brigitte.

—¿Triste…? ¡Bueno, pues que se fastidie! ¡Te ha tenido con él yo qué sé cuántos siglos, así que ahora nos toca a nosotros…! Brigitte —Minello se arrodilló ante ella, y le tomó las manos, mirándola con tal fidelidad y afecto que la espía se estremeció—: ¿Eres feliz? ¿Lo has pasado bien? ¿Estás contenta?

—Soy feliz, lo he pasado maravillosamente, estoy contenta. Gracias, Frankie, querido.

—Ah, bueno.

—¿Y si no fuese feliz? —se interesó Brigitte.

—Pues saldría ahora mismo hacia Malta para cortarle el pescuezo a ese sujeto que tiene cara de piedra. Ah, me olvidaba también de esto: Miky Grogan quería venir, pero tuvo que salir inesperadamente hacia Chicago.

—Bueno, espero que regrese pronto. ¿Te portas bien con él, Frankie, o sigues haciéndole enfadar tanto?

—Cuando no estás tú, me porto bien con él. Es que no me parece divertido hacerle enfadar si no estás tú allí para reírte de mis burradas. Y a propósito de burradas. —Minello miró a Pitzer con expresión agresiva—: ¿Qué hace usted aquí?

—Eso —apoyó Brigitte, mirando a su jefe de Sector—. ¿Qué hace usted aquí, tío Charlie?

—¿Acaso no puedo interesarme por el regreso de mi mejor agente…, que al mismo tiempo es una querida amiga? —farfulló

Pitzer.

—¡Está mintiendo! —exclamó Frankie—. ¡Ha venido para encargarte alguna misión con peligro de muerte, lo sé! ¡Ojalá se le caigan todos los dientes, y le salga pelo hasta en los ojos, y los pies se le conviertan en calabazas, y la cabeza se le hinche como un globo, y…!

—Frankie, Frankie —rió Brigitte—, ¡pareces una bruja echando maldiciones! Además, ¿por qué no hemos de creer que tío Charlie ha venido a darme la bienvenida, simplemente? Y también Simón… ¿Verdad, Simón?

Simón-Floristería palideció, y se puso a mirar el techo con auténtico desespero. Luego, carraspeó, y miró hacia el ventanal… Finalmente, se quedó mirando con sorprendente interés algo tan simple como sus zapatos.

—El champaña —apareció Peggy empujando un carrito.

Minello se puso en pie, y se acercó rápidamente.

Sobre el carrito había un cubo de plata con una de «Perignon», cinco copas, un recipiente con guindas una bandejita con unas pinzas…

—¡Aquí falta algo! —gritó.

Peggy enrojeció, y se mordió los labios. Examinó detenidamente lo que había en el carrito, y miró desconcertada a Minello.

—No… No, Frankie, no falta nada, me parece a mí…

—¡Falta la dosis de veneno para el buitre! ¡Mira su cara! ¡Tiene en ella la expresión de la maldad culpable, está tramando algo! ¡Ve a buscar una tonelada de matarratas! ¡A este sujeto…!

—Bueno, bueno, Frankie —alzó Brigitte una manita—. Vamos a tomar en paz una copa de champaña. Lo del matarratas lo dejaremos para otra ocasión. Sírvenos, Peggy, querida, por favor.

—Sí, señorita, ahora mismo…

Se había hecho de nuevo el silencio. Poco después, Brigitte alzaba su copa.

—Permítanme que sea yo quien haga el brindis —musitó—. Por todos aquellos que me quieren…, y por todos aquellos que aman a sus semejantes. ¡Salud y felicidad para todos!

—Zambomba —sonrió malignamente Minello—. ¡No has brindado por Pitzer, en este caso!

—Te estás pasando, Frankie —lo miró con reproche Brigitte.

Bebieron todos, incluida muy democráticamente Peggy, por supuesto. Mientras bebía, Brigitte miró por encima de la copa a Pitzer, cuya expresión no podía ser más sombría. Así que, al bajar la copa, le sonrió y preguntó:

—¿Hay algo que le preocupe, tío Charlie?

—¡Lo que faltaba! —protestó Minello—. ¡Que le des la oportunidad de contarte las penas y fatigas de la CIA!

—Hay algo que me preocupa, en efecto. —Admitió Pitzer, como si no hubiese oído a Minello—. Es un pequeño problema, que espero se esté solucionando, pues enviamos al mejor agente allá.

—¿Al mejor agente? —Frunció el ceño Brigitte—. Que yo sepa, no me ha enviado usted a ninguna parte.

—Bueno, quiero decir… al mejor agente después de usted, claro. En realidad, la Central pensó en recurrir a usted, y se me avisó para que la impusiera en el caso, pero…

—¿Pero…?

—Pues, usted estaba descansando, y me pareció que se lo merecía, así que no quise molestarla.

—Zambomba —se quedó atónito Frank Minello—. ¡Eso merece otra copa de champaña! ¡Pronto, Peggy, o me desmayo!

—Muy amable por su parte, tío Charlie —sonrió Brigitte—. ¿Qué caso es… o era ese que parecía indicado para la agente Baby?

—Pues… Vaya, casualmente traigo aquí el material necesario para poder explicárselo bien.

—Ah… ¿Casualmente? Para que luego digan que no existen las casualidades en el espionaje —la expresión de Brigitte era amablemente irónica—. Bueno, si dispone de ese material, me gustaría saber qué está pasando en el mundo…, o qué ha pasado.

—Respecto a lo que ha pasado —saltó Simón— podemos destacar lo de Malta, hace unos días.

—¿Qué ha pasado en Malta? —Respingó Minello.

—Se ha solucionado un grave problema entre dos países asiáticos llamados Borkava y Burkiam. Estaban a punto de declararse la guerra…, y de pronto, se recupera cierto tesoro de cierto templo, unos diplomáticos ofrecen soluciones pacíficas, un bicho malo es exterminado…, y la paz y la concordia vuelven a reinar, así como factibles posibilidades de prosperidad para ambos países. Eso fue la semana pasada.

—¿En Malta? —Alzó las cejas Brigitte—. Zambomba, ¿qué me dice usted, Simón?

—¿No sabía usted nada de eso?

—¿Yo? ¿Cómo había de saber lo que pudiera estar ocurriendo con ese tesoro religioso del templo de Borkava Pnum?

—Yo no he mencionado el nombre de ese templo.

—Oh… Debo haberlo leído en los periódicos… Pero, según entiendo, ese asunto ya está solucionado, ¿verdad? Escuchemos, pues, los que no están solucionados. ¿Qué tal si echamos un vistazo a ese material que ustedes han traído… casualmente?

—Ejem… —carraspeó Pitzer—. Si, esto… ¡Ejem! Podríamos echarle un vistazo, ya que a usted parece interesarle.

Pitzer hizo una seña a Simón. Éste se levantó, fue hacia un rincón, donde había una maleta pequeña, y la abrió. De ella sacó un proyector y una pequeña pantalla plegable. La colocó sobre el soporte, puso el proyector sobre una mesita, y miró a Peggy. La cual contempló a Brigitte, que asintió con la cabeza. Las cortinas fueron corridas, de modo que el salón quedó poco menos que a oscuras.

Se oyó un ligero zumbido, y la proyección comenzó.

Primero aparecieron unas palabras, escritas en inglés:

MENSAJE PARA LA CIA

Luego, apareció en la pantalla una imagen deliciosa: una pareja de pajarillos, en la rama de un rosal, arrullándose bajo el sol, en un día de cielo azul, despejado, maravilloso… Junto a los pajarillos, las rosas se mecían bajo una brisa que se sugería fresca, deliciosa…

—Zambomba —se oyó la voz de Minello—. ¡Es una película de dibujos animados! ¡Qué bonita!

Los pajarillos se estuvieron arrullando durante unos segundos en aquellas imágenes que, en efecto, eran de dibujos animados, no de la vida real. Todas las imágenes siguientes eran también de dibujos animados:

Unos niños de raza negra jugaban en una playa, riendo, empujándose, corriendo, saltando… Aparecía una negra, que, evidentemente, los llamaba; los niños acudían corriendo, y la madre les ofrecía una gran cantidad de comida. Luego, aparecían unos niños blancos, saliendo alegremente de una escuela que Brigitte

identificó como europea. Llegaban algunas madres, con su coche, y los recogían, saludándose sonrientes unas a otras; al fondo, el campanario de una iglesia. Después apareció un gran campo sembrado… Una, extensión enorme de terreno sembrado, por el que circulaban unos tractores recogiendo una cosecha óptima, de trigo, al parecer.

Luego una gran sala, donde muchos hombres de aspecto, inteligente escuchaban, sentados en las filas a otro hombre, que delante de una gran pizarra estaba señalando unas palabras, escritas también en inglés. Dichas palabras eran:

> *Conferencia Mundial para el Desarme Total — Naciones Unidas, Año 1984.*

—Pero…, ¿qué tontería es ésta?

—Calla, Frankie.

—¡Pero estamos en mil novecientos setenta y cuatro, no en el ochenta y cuatro!

—No importa; lo que vemos es bonito; es hermoso…

La imagen siguiente también era hermosa, bonita: políticos de varias razas jugando al golf, sonriéndose unos a otros. Se sabía que eran políticos porque en un lado de la imagen había un gran cartelón, en el que, siempre en inglés, habían escrito:

> *CONFERENCIA MUNDIAL DE ALTO NIVEL*
>
> *Tema a debatir: preponderancia del deporte sobre la guerra. La paz en todo el mundo une a todos los dirigentes.*

—Muy hermoso… —Se oyó el susurro de Brigitte.

Las imágenes se fueron sucediendo en esta línea. El mundo era un lugar maravilloso, donde todos vivían en paz. Se veían hermosas ciudades, campos bien cuidados, escuelas llenas de niños, playas llenas de gente tomando el sol, grandes hospitales con poquísimos pacientes, formidables lugares, de recreo… Una versión idealizada de lo que el mundo podría ser si estuviese en completa paz y armonía.

Luego, apareció la esfera terrestre. Eran unos, dibujos muy agradables. El mundo era de color verde y pardo, y estaba rodeado

de estrellas, y se veía el sol… Esta imagen permaneció quizá durante diez o doce segundos en la pequeña pantalla.

Y de pronto, la Tierra estalló.

Hubo un estallido en el centro de África, luego en América del Sur después en Europa…, hasta que, finalmente, todo el globo terráqueo saltó desintegrado por una última explosión terrible. Entonces, quedaron el cielo, las estrellas, la Luna y el Sol…, pero de la Tierra no quedaba ni rastro en el firmamento… Y sobre fondo, en el que ya no existía la Tierra, aparecieron estas palabras:

> *PARA EVITAR EL FINAL QUE USTEDES ACABAN DE PRESENCIAR, DEBEN ENVIAR A SU MEJOR AGENTE AL WHITESANDS HOTEL DE MOMBASA, KENYA, INMEDIATAMENTE; ESPERARÁ EN LA PISCINA LEYENDO LA OBRA DE MILTON «EL PARAÍSO PERDIDO».*
>
> *Luciferius.*

Fin de la película.

Unos segundos de silencio…

Por fin, la voz de Frank Minello:

—Mi madre… ¿Qué clase de chiflado es ese Luciferius?

—Las cortinas, Peggy —dijo Brigitte.

De nuevo el salón se llenó de luz. Simón se dedicó a recoger la pantalla y el proyector, tras recuperar la película. Pitzer estaba mirando fijamente su copa de champaña, todavía sin vaciar. La vació de pronto, como si fuese una obligación, y miró a Brigitte.

—Enviamos allá a Clinton Lukas —murmuró.

La divina espía asintió.

—Una elección muy adecuada. Pero, tío Charlie…, ¿no se le ocurrió que para una cosa así debió avisarme a mí?

—Bueno… Usted estaba con Número Uno, y…

—Habríamos ido los dos a Mombasa. De todos modos, Clinton Lukas es, ciertamente, el mejor. ¿Qué informes ha facilitado hasta ahora?

—Ninguno.

—¿Cómo, ninguno? —Palideció Brigitte.

—Llegó allí, a Mombasa, al Whitesands Hotel, e informó de eso… Es todo lo que hemos sabido de él. Naturalmente, hemos

enviado personal a enterarse discretamente del paradero de Clinton Lukas, pero no han conseguido saber nada.

—Eso es porque lo han matado —dijo Minello.

—¡Cállate, Frankie! —exclamó Brigitte, con voz aguda.

—Lo siento. Bueno, sólo quería decir que… que… Creo que es mejor que me calle, sí.

Brigitte se pasó la lengua por los labias.

—¿Qué significa eso de Luciferius? —preguntó.

—Lo único que se nos ocurre, lógicamente, es que es un… nombre relacionado con Lucifer —Pitzer frunció el ceño—. Una tontería, claro. Bueno, lo parece… La verdad es que no sabemos qué pensar, Brigitte. Al principio, la Central estuvo tentada de no dar importancia a lo que parece una tontería. Pero, claro, enviaron allá a Lukas, y la pregunta, ahora es: ¿dónde está Clinton Lukas?

—Por mejor nombre: Simón —dijo Simón-Floristería.

—La respuesta más lógica —siguió Pitzer, mirando de reojo a Frankie— es que lo han matado, por mucho que me pese estar de acuerdo con Minello. También parece una estupidez citar al mejor agente de la CIA en Mombasa para matarlo, pero… ¿Qué otra cosa podemos pensar? El asunto, en sí, quizá sea una idiotez, pero el hecho cierto es que nuestro mejor hombre ha desaparecido.

—Peggy —miró Brigitte a su ama de llaves—: quiero que me pidas un billete de avión para el primer vuelo que…

—Bueno —le interrumpió Pitzer—. Casualmente, tengo un pasaje de avión combinado: París-Nairobi-Mombasa. El avión sale dentro de dos horas y cuarto.

—¡Casualmente! —gritó Minello—. ¡Usted es un caradura! ¡En cuanto se enteró ayer de que Brigitte llegaba hoy, fue a reservarle ese pasaje! ¡Y no me diga que soy un tonto y que no sé lo que hablo!

—No lo digo —murmuró Pitzer.

—Ah, bueno… Pero está perdiendo el tiempo con sus trucos y sus «casualidades». Maldita sea su estampa: ¡Brigitte acaba de llegar, así que…!

—Así que —terminó Brigitte por Minello—, ya tengo hecho el equipaje.

—¡No puede ser cierto que acabes de llegar y ya te marches de nuevo! ¡No puedes hacerlo!

—¿Por qué no?

—Pues porque… porque… ¡porque no, demonios!

—A mí —sonrió fríamente la espía más peligrosa del mundo— no me gustan los demonios, Frankie. Por lo tanto, tampoco puede gustarme nadie que se llame Luciferius…

Capítulo II

El avión de la East African Airlines, que había combinado en Nairobi con el vuelo de la Air France procedente de París, aterrizó en el aeropuerto de Mombasa a las dieciséis horas treinta y cinco minutos del día once de diciembre de mil novecientos setenta y cuatro. Entre los pasajeros de aquel vuelo destacaba, sin duda alguna, la bellísima mujer de los grandiosos ojos azules y cuerpo escultural, elegantemente ataviada, pero sin la menor estridencia. Su equipaje consistía en dos maletas y un maletín rojo con florecillas azules. Su nombre: Brigitte Montfort, norteamericana, procedente de París. Motivo del viaje: recreo.

A la salida del aeropuerto contrató un taxi. El conductor, de raza negra, abrió tanto los ojos que parecieron dos bolas de billar.

—Quisiera ir al Whitesands Hotel —pidió la deslumbrante pasajera—. ¿Sabe dónde está?

—Sí, señorita.

El equipaje fue cargado en el coche, pero la pasajera movió negativamente la cabeza cuando el negro de los ojos como bolas de billar tendió la mano hacia su maletín.

—No es necesario… Lo llevaré yo misma.

—Sí, señorita.

El Whitesands Hotel estaba a unas siete millas al norte de Mombasa, siguiendo la costa. Y ya antes de llegar a él, Brigitte comprendió que le hubiesen puesto ese nombre. Whitesands, o Arenas Blancas, resultaba adecuadísimo para un hotel edificado junto a la playa, de arenas blanquísimas, sorprendentes. Mientras el taxi se dirigía hacia allí, Brigitte iba mirando la hermosa playa, cercada por verde vegetación. Tan verde; que parecía pintada. A fin de cuentas, Mombasa está a cuatro grados de latitud Sur, es decir, prácticamente en el ecuador. Y las abundantes lluvias se encargan de mantener siempre viva una vegetación densísima. Pero las

lluvias copiosas se alternaban con días de sol centelleante y cielo despejado, de un azul intenso…

La agente Baby conocía muy bien a Clinton Lukas. Se había encontrado con él en la Central, en alguna que otra clase de perfeccionamiento para los espías del Grupo de Acción, pero nunca habían trabajado juntos. Una de las razones podía ser que a ninguno de los dos les gustaba trabajar acompañados, siempre que podían evitarlo. Otra razón podía ser que, sin llegar ni mucho menos a la talla de Número Uno, Clinton Lukas era verdaderamente uno de los mejores espías que Brigitte había conocido. Hombre de reacciones imprevisibles, de carácter variable, versátil, podía emprender cualquier acción, no importaba de qué índole fuese ésta. Podía ser simpático o antipático, cortés o grosero, audaz o prudente. Siempre, según conviniese al caso.

Sí. Un buen agente secreto que la CIA había perdido… ¿O todavía no podía considerarlo perdido?

Cuando el taxi se detuvo ante el Whitesands, la agente Baby no había llegado a ninguna conclusión…, quizá porque se esforzaba en pensar que Clinton Lukas podía estar todavía con vida. Pero si lo habían matado…

—Señorita… Hemos llegado.

Parpadeó, sonrió al taxista, y se apeó. Dirigió una mirada al edificio del hotel. Es decir, a los diversos edificios de dos pisos, y que se unían unos a otros por una alargada terraza común, a la que daban las habitaciones tipo *bungalow*. Los tejados eran de paja, de color marrón. Brigitte recordó el nombre de ese tipo de tejado: makuti… Pero no estaba segura. Bueno, ¿qué importaba aquello?

La entrada al hotel era uno de aquellos techados, en pequeño, sostenido por cuatro estacas de color también oscuro. A la derecha, y tras cruzar bajo este techado, en cuya parte frontal había un salvavidas blanco con la inscripción Whitesands Lido, estaba la piscina, alrededor de la cual pudo ver los alegres parasoles de colores. Los había azules, rojos, amarillos… La piscina estaba rodeada de una tapia baja de blancos ladrillos colocados de modo que quedaban huecos simétricos entre ellos.

Inicialmente, existió una dificultad que Brigitte ya había previsto, respecto a la obtención de alojamiento por tiempo indefinido, debido a las reservas numerosas que tenía hechas el

hotel. Pero la señorita Montfort se mostró dispuesta a aceptar cualquier arreglo, y la cuestión pudo solucionarse: si era necesario, iría alojándose, por rotación, en las habitaciones que fuesen quedando libres.

—Se lo agradezco mucho —sonrió al conserje, un inglés de cara larga y pecoso, que la miraba como fascinado—. Habría sido un contratiempo para mí tener que alojarme en otro hotel, pues tengo que encontrarme en éste con un amigo… Por cierto que no sé si ha llegado ya: el señor Lukas… Clinton Lukas, americano.

El conserje parpadeó.

—Oh, sí… El señor Lukas llegó, señorita Montfort. Hace una semana. Se instaló en el hotel, pero no le hemos vuelto a ver.

La señorita Montfort pareció desconcertada.

—¿Quiere decir que se marchó en seguida, sin despedirse?

—No, no. Sus cosas siguen en su habitación.

—Ah. Bueno, en ese caso quizá Clinton esté haciendo alguna excursión por ahí, un safari… No se sorprenda de que no haya avisado al hotel: es muy distraído. Y entre nosotros —sonrió—, le diré que también es un poco excéntrico… ¿Comprende?

—Pues… Bien, eso nos tranquiliza respecto a lo que haya podido sucederle, desde luego, pero pienso que debió advertirnos. Por nuestra parte, claro está, ya hemos avisado a la policía, temiendo lo peor.

—Qué barbaridad… No se preocupen: ya verá como el señor Lukas aparece de un momento a otro. Bien, ¿puedo instalarme?

—Naturalmente.

Un altísimo y delgadísimo botones negro, de sonrisa blanquísima, subió el equipaje de la señorita Montfort a su habitación. La nueve. No tenía necesidad de preguntar cuál era la destinada a Lukas, porque Pitzer la había informado al respecto: la catorce.

En cuanto se quedó sola en su habitación, Baby sacó la radio del maletín, y abrió el canal de llamada.

—¿Simón?

Estuvo segura de qué había hecho contacto, pero no oyó nada, así que insistió:

—¿Simón?

Sin respuesta. Cerró la radio, pensativa, y se volvió hacia la

cama, puso sobre ésta una de las maletas.

Bib-bip-bip-bip, comenzó a sonar su radio.

—¿Sí? —admitió la llamada rápidamente.

—¿Es usted quien ha llamado antes?

—En efecto.

—Mmmm… ¿Por quién pregunta?

—Por Simón.

De nuevo hubo unos segundos de silencio. Pero al final, la voz del hombre:

—¿Baby?

—Sí.

—¿Viene por lo de Lukas?

—Sí. ¿Hay algo nuevo?

—En absoluto. Todo sigue igual.

—¿Pero lo están buscando? ¿Siguen buscándolo?

—Claro. No sabíamos que vendría usted. Tampoco lo sabía quién me ha enviado. En cambio, yo sí sabía que habían aquí algunos Simones buscando a Lukas.

—Es una manera como otra de perder el tiempo… Quizá las cosas cambien ahora, si usted dirige la búsqueda. ¿Se le ocurre algo para orientarnos a nosotros?

—Sí. Tengo una orientación muy buena para ustedes: desalojen el campo.

—¡Oh, no! ¡Podemos ayudarla a…!

—Si no han conseguido nada en estos días, ¿por qué habrían de conseguirlo ahora? Y si algo hay que pueda conseguirse, yo lo haré. Esto es una orden definitiva: regresen a casa.

—¿Me permite que le haga una sugerencia?

—Naturalmente que sí, Simón.

—Mire, nosotros podríamos alojarnos en un hotel, y no hacer nada. Absolutamente nada. Usted lo haría todo, sería como si nosotros no existiésemos. Pero si llegaba a necesitarnos…

—Ustedes llevan aquí cuatro o cinco días yendo de un lado para otro buscando a Lukas. Si en todo esto hay algo verdaderamente… importante, ya los han localizado e identificado. Por lo tanto, mi orden sigue en pie. Eso es todo.

Cerró la radio, la dejó en el maletín, y se dedicó a colocar sus cosas en el armario, con la meticulosidad de siempre. Luego, se

bañó, permaneciendo no menos de quince minutos sumergida en la bañera llena de agua tibia, relajándose. En menos de tres días había viajado demasiado: Malta-Roma-Lisboa-New York y New York-París, Nairobi-Mombasa. Demasiado. Eso sin contar los cambios de horario, y como consecuencia, los desajustes de comidas, sueño, climas…

Se duchó finalmente con agua fría, se vistió, y bajó a cenar en el propio hotel. Apenas había comenzado cuando se le acercó un hombre negro, vestido muy correctamente. Se detuvo junto a la mesa, y la miró con expresión amable y admirativa.

—¿Señorita Montfort?

—Sí —pareció sorprendida ella.

—No quisiera molestarla en su cena, así que puedo esperar a que…

—No, no. ¿Qué desea?

—Pertenezco a la Policía. Se nos ha informado de que usted es amiga del señor Clinton Lukas.

—Ah, sí. ¿Y…?

—Quizá podría usted facilitarnos el modo de encontrarlo.

—¿Yo? ¿Cómo podría hacerlo?

—Según parece, usted y él estaban citados aquí, en este hotel.

—Pues sí, pero… Bueno, la cita era para dentro de tres días, así que hasta entonces, no puedo decirle nada sobre Clinton. Lo que sí es seguro es que él vendrá. Está un poco… chiflado —sonrió—, pero suele cumplir sus ofrecimientos. Nos vimos hace unas semanas en Estados Unidos, y me dijo que tenía pensado hacer un emocionante viaje al Kilimanjaro, del que quizá yo podría extraer algún reportaje escrito y fotográfico de gran interés. Soy periodista.

—Sí, sí. Bien… Entiendo que usted no teme que al señor Lukas le haya ocurrido… cualquier percance.

—¡Claro que no! Más bien pienso que está preparando ese viaje al Kilimanjaro con algunos amigos, y que se divierte tanto que ni siquiera se acuerda de que tiene sus cosas en este hotel. Es capaz de eso y de mucho más.

—Celebraríamos que así fuese. Y puestas así las cosas, nos vamos a preocupar menos por el señor Lukas. De todos modos, si usted fuese tan amable, debería decirle al señor Lukas, cuando regrese al hotel, que nos avise de ello. Y todos tranquilos.

—Lo haré con mucho gusto.

—Gracias. Y siento haberla molestado.

—No me ha molestado en lo más mínimo.

El policía inclinó la cabeza, y se alejó. Brigitte le estuvo mirando hasta que salió del comedor. Luego, siguió con su cena, pensativa… Hasta aquí, nada extraordinario, considerando que era lógico que la dirección de un hotel se preocupase por un cliente que llega, se instala y desaparece.

Después de cenar pasó al bar, donde pidió *whisky*, con hielo en abundancia, y del cual bebió apenas un par de traguitos. En el Whitesands había también discoteca dos veces por semana, y aquél era uno de los días. Estuvo allí, con otro vaso de *whisky* con hielo, hasta las once menos cuarto, escuchando música y viendo bailar las parejas con una sonrisita de indulgencia… Nadie se acercó a ella ni siquiera para invitarla a bailar. Con lo que sus deseos de que se efectuase algún contacto aquella misma noche quedaron muy defraudados. Había, hecho lo posible, declarándose amiga de Clinton Lukas, pero, al parecer, nadie, excepto la Policía, había sentido interés por esta circunstancia.

Casi eran las once de la noche cuando regresó a su habitación. Entró sin encender la luz, empujó la puerta para cerrarla…, y simultáneamente, se dejó caer de rodillas.

Tal reacción la sorprendió a ella misma, pero mucho más sorprendió al hombre que chocó con sus rodillas contra el cuerpo de ella, lanzó una exclamación ahogada, y cayó al otro lado, parando el golpe con las manos. En ese mismo instante, Brigitte supo muchas más cosas. Una: que había sabido, que allí había un hombre simplemente porque había oído su respiración al acercarse a ella lateralmente por detrás. Dos: que había otro hombre más, detrás de ella, pero al otro lado, y que se acercaba a toda prisa. Tres: que aquella cosa blanca que había, escapado de la mano del hombre recién caído era un trapo o una gasa… con intenso olor a cloroformo. Cuatro, y ésta muy importante: que querían capturarla viva, no matarla. Y como última parte de este relampagueante resumen mental: que quizá lo mismo le había sucedido a Clinton Lukas, y que, por lo tanto, estaba vivo…

Esto; en una fracción de segundo.

Mientras tanto, se había vuelto hacia el hombre que llegaba por

el otro lado, y, todavía de rodillas, giraba flexiblemente la cintura, lanzó un tremendo golpe de karate, horizontal, a la altura de las ingles de un hombre corriente. Su puño encontró algo, desde luego, oyó un gemido aspirando, y junto a ella cayó el otro hombre, golpeando con la cabeza contra el suelo.

En ese mismo instante, el primer hombre, que se había puesto en pie rápidamente, lanzó su pie hacia la espía… Y dada su postura, lo recibió Brigitte en el estómago, pese a su intento de detenerlo con la guardia de karate; el golpe llegó amortiguado, pero llegó. El resplandor procedente del exterior, que había en el cuarto pareció apagarse; sí, como si todas las luces del hotel hubiesen sido apagadas de pronto, como si sólo existiese oscuridad. Una oscuridad y un zumbido que parecía envolver su cabeza, mientras caía de bruces.

Próxima al desvanecimiento y dominada por las náuseas, Brigitte se dio cuenta de que la volvían boca arriba. En seguida, notó el contacto en su nariz, percibió el olor denso del cloroformo, y reaccionó con violencia, rechazando aquel final. Esta vez no golpeó con el puño, sino con la mano abierta, rígida, con los dedos por delante, como si fuesen la punta de una lanza…

También esta vez acertó en su golpe. Sus dedos se hundieron en algo blando y duro a la vez, oyó un estertor, y el cloroformo fue retirado de su nariz y boca. Oyó el golpe del cuerpo del hombre contra el suelo, pero como si hubiese ocurrido muy lejos de allí. Ahora le parecía que las luces del hotel se iban encendiendo, pero muy lentamente Oyó una voz, un rumor de algo que se movía a su lado. Volvió la cabeza, y vio aquella figura de hombre que se estaba poniendo en pie, torpemente, como si las piernas fuesen de trapo.

Se sintió aplastada cuando el hombre cayó sobre ella, farfullando cosas en un idioma que no conocía. Era un hombre grande, fuerte y pesado, que gruñía y jadeaba, moviéndose encima de ella… Comprendió lo que estaba haciendo: mientras la mantenía aplastada contra el suelo, tanteaba junto a ellos, buscando el trapo empapado en cloroformo. Oyó la exclamación de triunfo, y vio sobre ella aquella pequeña mancha blanca. Consiguió liberar un brazo, lo separó cuanto pudo, y luego, con los dedos índice y corazón extendidos, abiertos como formando unas dijeras, lanzó otro golpe más.

Seguramente, sus desconocidos agresores preferían el silencio, pero el que tenía encima no pudo evitar un breve alarido de dolor cuando su dedo corazón acertó en uno de sus ojos. El trapo con cloroformo cayó de su mano, que se abatió contra la cabeza de Brigitte… que ya estaba girando bajo el pesado cuerpo. Un giro sorprendente, como el de un tornillo; un giro que podía no haber terminado nunca, pero que cesó cuando el hombre salió despedido hacia un lado, y Brigitte aprovechó la ocasión para ponerse en pie… Ni siquiera estaba todavía equilibrada cuando una mano la asió por su pie derecho, tiró, y la espía cayó de espaldas, pero recogiendo instintivamente la cabeza, que no llegó a golpear contra el suelo.

De nuevo vio caer sobre ella al hombre, pero esta vez tuvo tiempo de rodar, apartándose…, y de ver el brillo de un cuchillo en su mano. Así que, tal como había girado para esquivar el ataque, volvió a girar, de regreso, cuando el hombre estuvo en tierra, de modo que quedó sobre su espalda. El hombre se puso rápidamente de rodillas, para sacudirse de encima a la espía…

Y ése fue su error.

Las piernas de Brigitte pasaron bajo sus ingles, y parecieron clavarse allí, mientras el brazo derecho atenazaba la garganta del individuo, y la mano izquierda se unía a la derecha, para ayudarla en la presa de estrangulación.

El hombre no pareció conforme con tener a su espalda aquel «jinete», y se puso en pie…, pero siempre con Brigitte agarrada a su cuello, con las piernas ahora cruzadas sobre el vientre. Se tiró de espaldas, giró, intentó arrancar de su cuello aquel fino bracito que parecía de seda a la vista, y de acero al tacto…

Todo fue inútil.

Poco después, Brigitte aflojaba su presa. El sujeto estaba ahora caído de bruces, y ella había culminado con su presa mortal siempre sobre su espalda, controlando finalmente todos sus movimientos…, hasta que ya no hubo movimiento alguno.

Y tampoco el otro hombre se movía.

Baby se dirigió, tambaleándose, hacia el cuarto de baño. Se encendió la luz de allí, y sonaron en el silencio las angustiadas arcadas de la espía. Luego, se oyó el correr del agua. Finalmente, con una toalla en las manos, Brigitte reapareció, y se dejó caer en un sillоncito. Terminó de secarse el rostro, que destacaba

blanquísimo en la penumbra. Luego, fue a cerrar la ventana, se aseguró de que la puerta estaba bien cerrada, y finalmente, encendió la luz.

Eran dos negros.

Sabía que uno de ellos estaba muerto, así que se acercó a examinar al otro, al que había golpeado en la garganta… También estaba muerto. Movió la cabeza, con gesto de disgusto, y se dispuso a registrar las ropas de ambos cadáveres. Ropas que consistían en simples camisas y en no menos simples pantalones, y que, salvo unos cientos de chelines en billetes, cigarrillos, cerillas, y, en uno de los bolsillos del primero en morir, una navaja, no contenían nada que mereciese interés.

No. No había nada de interés en los bolsillos de los pantalones de aquellos hombres. Pero sí había algo de interés en sus cuerpos. Concretamente, en la cara interna del codo, un poco más abajo de la articulación. Algo blanco, y que, por tanto, destacaba muy visiblemente en la negra piel.

Durante unos segundos, Brigitte estuvo contemplando, atónita, aquélla… cosa. Una marca. Era una cabeza de hombre… No, de hombre, no, porque tenía cuernos… Dos pequeños cuernos en la frente, uno a cada lado. Y la expresión de aquella faz era cruel, sardónica, demoníaca… Su diámetro era aproximadamente el de una bola de *ping-pong*, y se podía ver perfectamente. Frotó aquella imagen satánica, pero no se borraba… La tenían los dos, ambos en el mismo sitio. Sí, era como una imagen del mismísimo demonio…

La estupefacción de Brigitte cedió paso al más completo asombro. Casi respingó al comprender lo que significaba aquella marca.

—Luciferius —susurró—. Por Dios, debo estar soñando…

Pero no. Evidentemente, no estaba soñando.

Y no menos evidentemente, tenía que deshacerse de los cadáveres de los dos negros.

Por un instante, estuvo tentada de recurrir a la radio para llamar a los Simones que habían llegado a Mombasa con la misión de localizar a Clinton Lukas, pero desechó la idea. En primer lugar, estaba decidida a no poner en peligro a ninguno más de sus compañeros. Y en segundo lugar, éstos debían haberse marchado ya, siguiendo sus órdenes, que eran definitivas para todos los

agentes de la CIA, en cualquier parte del mundo.

Así pues, tendría que arreglárselas sola, como pudiese, para hacer desaparecer a los dos negros.

Capítulo III

Salió de la piscina, y fue hacia el parasol junto al cual había colocado la silla extensible de tubo metálico, a pleno sol. Se secó despaciosamente, mirando a su alrededor, con alegre sonrisita de despreocupada joven en vacaciones… Aunque había bien poco que ver: algunas personas que, como, ella, nadaban y tomaban el sol, y palmeras, cielo y sol. Eso era todo.

Se sentó en la silla extensible, encendió un cigarrillo, y luego cogió el libro que había junto a sus cosas, colocadas en la mesita. Se estaba muy bien allí, a pleno sol… Y había un silencio que le resultaba sorprendente. Un silencio casi tan completo como el que se podía disfrutar en Villa Tartaruga…

«Oh, Dios mío —pensó de pronto, sobresaltada—. ¡Me vine tan deprisa a Mombasa que no le telegrafié a Uno diciéndole dónde iba a estar esta vez!».

Con lo que, sencillamente, había faltado al convenio tácito entre ella y Número Uno, pues cada uno quería saber siempre dónde estaba el otro, por si…

—Perdone…

Brigitte alzó la mirada del libro en el que parecía estar leyendo. Se quedó contemplando con amable gesto a la mujer que estaba ante ella, en traje de baño, mirándola con visible interés. Una mujer de menos de treinta años, rubia, de ojos azules; su cuerpo era espléndido, bellamente formado, aunque para el gusto de Brigitte quizá tenía los senos demasiado grandes, y las caderas demasiado amplias… La había visto antes por allí, pero no le había merecido especial atención. Quizá para algunos hombres, la rubia podía competir en belleza con la morena señorita Montfort, pero esto era sólo al primer golpe de vista, en el que la rubia, con sus largos cabellos, sus amplias caderas y sus espectaculares senos muy bien exhibidos, sugería grandes posibilidades de animado pasatiempo.

Sin embargo, al segundo siguiente, la diferencia de clase y belleza tenía que destacar por fuerza entre ambas mujeres.

—¿Dígame? —invitó Brigitte.

—No quisiera molestarla, pero…, ¿es el mismo libro?

La rubia señaló el libro que tenía en las manos. Por supuesto, era un ejemplar de «El Paraíso Perdido», de John Milton, pero Brigitte adoptó una expresión de desconcierto.

—¿El mismo libro? No comprendo…

—Quiero decir si es el mismo libro que estaba leyendo aquí, hace unos días, el señor Lukas.

—¿Se refiere usted a Clinton Lukas?

—Si, claro —asintió la rubia.

—Pues no —murmuró Brigitte—. No es el mismo libro. Éste lo he traído yo, de Estados Unidos. ¿Debo entender que también Clinton estaba leyendo «El Paraíso Perdido»?

—Oh, sí En efecto.

—Qué casualidad… Aunque, más que casualidad, es muy sorprendente, pues Clinton no es precisamente aficionado a la lectura… ¿Conoce usted a Clinton?

—Sólo un poco —la rubia pareció sofocarse ligeramente—. ¿Es usted su esposa, quizá?

—Santo cielo, ¡no! —rió Brigitte—. ¡Haría falta estar loca para casarse con Clinton, se lo aseguro!

—¿Sí? —se desconcertó la rubia—. ¿Por qué?

—Porque es un hombre imposible de gobernar. Una nunca sabe lo que se le puede ocurrir a Clinton, de un momento a otro, Desde marcharse un par de semanas al Tibet a pasarse un mes encerrado haciendo ejercicios de yoga, es capaz de cualquier cosa. Y dudo mucho que exista una mujer capaz de soportar eso. Bueno —sonrió —, al menos, yo no me considero capaz de soportarlo, pero Clinton es tan simpático que no dudo que encontraría muchas mujeres dispuestas a vivir esa vida… sobresaltada con él. ¿Es usted… amiga suya?

—Le… le conocí aquí mismo, hace unos días. Y luego no le he vuelto a ver. Parece qué hay el temor de que le haya sucedido algo, pero me han dicho que usted… Bueno… Me parece que no he iniciado esta conversación del modo adecuado.

Brigitte Montfort parpadeó lentamente, como buscando tiempo

para hallar una respuesta, que fue:
—Siempre se puede volver a empezar, señorita…
—Hobson. Melanie Hobson… Soy inglesa.
—Brigitte Montfort: norteamericana.
—Sí —sonrió tímidamente la rubia— lo sé. Supe que usted es amiga del señor Lukas.
—Antes me ha preguntado si era su esposa.
—Ya le he dicho que he iniciado mal la conversación. Quizá porque pensé que podía ser la esposa del señor Lukas, pero que estaba utilizando su nombre de soltera… Bueno, yo…
Parecía muy turbada. Brigitte señaló una de las extensibles que tenían cerca.
—A lo mejor, si se sienta usted, podremos charlar de modo que yo la entienda, señorita Hobson.
La rubia asintió con la cabeza, acercó una extensible, y se sentó.
—En realidad, lo único que ocurre es que me siento muy interesada por el señor Lukas —dijo, bajando la mirada.
—Ahora sí creo que empiezo a entender —rió Brigitte—: a usted le resultó simpático Clinton, y esperaba seguir relacionándose con él. Pero, puesto que él ha desaparecido como acostumbra a hacerlo, y ha sabido que yo soy amiga suya y que estaba citada con él, quiere saber cosas sobre Clinton. ¿Es eso?
—Pu… pues…, pues sí… Sí, exactamente. La verdad es que el rato que estuvimos juntos me pareció tan agradable… Bueno, lo que trato de decir…
—¡No me diga que se ha enamorado de Clinton! —rió Brigitte.
—Oh, no, no… no sé… Bueno, él es tan… Quiero, decir que tenía la esperanza de volver a verlo durante los días que me quedan de estar aquí… Pensé que quizá usted sabría dónde está, o si piensa volver… Bueno, no sé… ¡Me parece que me estoy comportando como una tonta!
—No, no —sonrió Brigitte dulcemente—. En lo que a mí respecta, comprendo perfectamente que se haya enamorado de ese chiflado, porque a mí estuvo a punto de sucederme lo mismo.
—¿Pero no… no está enamorada de él…, ni él de usted?
—Tranquilícese —volvió a reír la divina espía—. ¡Se lo dejo todo para usted! Por supuesto, quiero mucho a Clinton, pero sólo como amigo. Nos vimos hace unas semanas en Estados Unidos, y me

invitó a una… expedición al Kilimanjaro, que dijo iba a ser interesantísima. Me pareció divertido, y… aquí estoy. No creo que le haya ocurrido nada a Clinton, pero —su gesto fue de preocupación ahora—. Bueno, es tan alocado que quizá haya tenido un accidente. Podría ser. De todos modos, hasta pasado mañana no teníamos que encontrarnos, y yo espero que entonces aparezca por aquí.

—Ah… ¿Y dice usted que van a una expedición al Kilimanjaro?

—En efecto.

Melanie Hobson volvió a sonrojarse ligeramente.

—Debe… debe ser una expedición muy interesante, sí…

—¿Le gustaría acompañarnos? —La miró maliciosamente Brigitte.

—¡Oh, sí! Bu… bueno, quiero decir…

—Considérese como invitada personal mía —rió una vez más la espía internacional—. Pero se lo advierto: está perdiendo el tiempo si pretende «cazar» a Clinton.

—Bueno…, ¿qué hay de malo en que lo intente?

—Nada… ¡Nada! —Brigitte parecía estar pasándolo estupendamente—. Oh, supongo que la Policía le habrá hecho preguntas a usted sobre el paradero de Clinton.

—¿A mí? No… Sólo lo vi aquí, una mañana… Igual que otros clientes del hotel.

—Claro. Pero usted y Clinton estuvieron conversando, ¿no?

—Sí —Melanie sonrió—. ¡Es muy simpático, de verdad!

Brigitte también sonrió, mientras se imaginaba al agente de la CIA. Clinton Lukas representando el papel de simpático y despreocupado en vacaciones: por supuesto, la representación tenía que ser todo un éxito.

—¿No le dijo nada respecto a sus intenciones para los días siguientes? —preguntó—. Quizá, conversando, mencionase alguno de sus proyectos para estos días anteriores a la expedición al Kilimanjaro.

—No… Bueno, sólo dijo que por la tarde pensaba ir a practicar un poco el «goggling», pero cuando fui por allá no pude verlo.

—¿El «goggling»? ¿Qué es eso?

—Son unos paseos en barcas que tienen el fondo de cristal. Resulta muy entretenido y agradable, pues se va viendo el fondo del

mar al natural… Es una de las diversiones más significativas por estos lugares. ¿A usted le gusta el mar?

—¿Gustarme? —exclamó Brigitte—. ¡Lo amo!

—En ese caso, lo pasaría muy bien haciendo uno de esos viajes. A mí me dan un poco de miedo, francamente. Sé que estoy segura en la barca, pero como el fondo es de cristal, me da la impresión de que me voy a hundir de un momento a otro, y me resulta… sobrecogedor. Hay peces grandes, algas, rocas… Bueno, es un mundo… impresionante, ¿no cree?

—Sin duda alguna. ¿Está segura de que Clinton dijo que practicaría el «goggling» aquella tarde?

—Lo mencionó, pero ya le digo que fui allá, y no le vi. Pregunté por él, pero nadie lo había visto. Seguramente, cambió de idea.

—Seguramente —murmuró Brigitte—. ¿A quién preguntó usted por él?

—Oh, pues a los negros que gobiernan las barcas… En el mismo hotel hay algunos. Todo el mundo que viene aquí practica el «goggling». También hay, en el poblado, negros que trabajan por su cuenta… En cualquier parte de Bamburi, en toda la playa, encontrará barcas de éstas.

—Sí, entiendo. ¿Clinton pensaba utilizar una de las del hotel, o de los negros que las alquilan por su cuenta?

—Pues no sé… No lo sé. Bueno, sé que desde luego no utilizó ninguna de las del hotel. Santo Dios —Melanie abrió mucho los ojos, sobresaltada de pronto—. ¿Cree posible que fuese con alguna de las otras barcas y tuviese un accidente…?

—No… Más bien creo que, simplemente, Clinton cambió de idea, y se fue a alguna parte a atender otros asuntos, sin duda relacionados con la expedición al Kilimanjaro. Es un hombre que…

Brigitte dejó de hablar, fija la mirada en la entrada a la zona de la piscina, donde podía verse a un negro, conversando excitadamente con uno de los camareros. Melanie siguió la dirección de su mirada, observó la escena unos segundos, y murmuró:

—Me parece que está ocurriendo algo.

—Sí, eso parece. Aunque dudo que sea algo importante.

Y mientras decía esto, la espía contuvo una seca sonrisa al ver cómo el negro señalaba excitadamente hacia la playa. Luego,

comenzó a correr en pos del camarero.

—Es uno de los negros que gobiernan las barcas —dijo Melanie.

—Me gustaría ver esas barcas, así que voy a dar un paseo hasta la playa. Aunque no hace falta caminar mucho, ¿verdad?

—Por supuesto que no. ¿Quiere que la acompañe?

—Encantada, Melanie.

Abandonaron la zona de la piscina, hacia la playa. Una morena y una rubia, ambas espectaculares y bellísimas, aunque con una notable diferencia de clase entre ambas.

Cuando caminaban hacia la playa, vieron ya el grupo que rodeaba algo que había en la arena. Habían negros empleados del hotel, clientes de éste… Todavía no había llegado junto al grapa cuando, al volver la cabeza, Brigitte vio llegar corriendo tras ellas al negro, al camarero, y a un hombre blanco, vestido muy correctamente, y cuyo rostro estaba visiblemente alterado.

Llegaron antes que ellos junto al grupo, y, entre algunas personas, Brigitte vio lo que tenía alterado el orden en el lugar: el cadáver de un hombre negro. Vestía una camisa y unos pantalones, simplemente. Evidentemente, había permanecido en el agua bastante rato… Uno de sus brazos estaba doblado de tal modo que, en la parte interna del codo, podía verse la señal blanca, aquel rostro demoníaco.

—Está muerto —oyó decir a Melanie—. Debe haberse ahogado, y el mar ha empujado el cadáver hasta la playa.

—Seguramente ha sido así —mintió tranquilamente la espía.

Miró hacia el mar. ¿Devolvería también el otro cadáver? Los había llevado allí a los dos aquella madrugada, cuando todo el mundo dormía, y los había metido en el agua, remolcándolos casi un centenar de metros hacia dentro, con la esperanza de que tardasen muchos días en encontrarlos. Pero, realmente, ¿qué podía importarle que ya hubiesen encontrado a uno, o a los dos?

El hombre vestido correctamente era el director del hotel. Comenzó a tomar disposiciones, rogando a todos que se alejasen… La primera en iniciar la retirada fue Brigitte, seguida de Melanie, que volvía la cabeza.

—Pobre hombre —suspiró—. ¿Se ha fijado en los ojos?

—¿En los ojos?

—Sí… Los tenía casi fuera de las órbitas, como si fuesen a

saltarle de la cara… ¡Es horrible!

—Sí —murmuró la implacable espía—, horrible. Pero nosotras nada podemos hacer. ¿Acepta tomar un aperitivo conmigo, Melanie?

Capítulo IV

Estaba sentada en la arena, a cinco o seis metros de la playa, contemplando el romper de las estiradas olas que llegaban coronadas de espuma blanquísima. Por detrás de ella, se iba poniendo el sol, enviando las siluetas de los cocoteros hacia el mar…

Y de pronto, apareció una silueta diferente entre aquéllas.

Brigitte se volvió, y vio al negro que se había detenido a unos cuantos metros, y la miraba fijamente. Un negro alto, musculoso, que vestía solamente unos pantalones cortos hasta las rodillas. Durante unos segundos, se estuvieron mirando, fijamente. Por fin, Brigitte Sonrió, y le hizo una seña al apuesto negro.

—Acérquese —pidió—. ¿Quiere usted hablar conmigo?

El negro se acercó, y continuó mirándola de, aquel modo fijo, impasivo.

—¿Me busca a mí? —insistió Brigitte—. Supongo que sí, porque soy la única mujer blanca que está sentada a la orilla del mar, en este lugar precisamente.

—¿Usted me va a pagar mil chelines? —preguntó el negro.

Brigitte abrió el maletín rojo con florecillas azules, y sacó un fajo de billetes, que mostró al negro. Luego, cerró el maletín, puso el dinero sobre éste, y señaló la arena, a su lado.

—Siéntese, o me dolerá el cuello, de mirar hacia arriba.

El negro se sentó, miró el dinero, miró hacia el mar, y de pronto miró a la hermosísima mujer de los maravillosos ojos.

—Yo le alquilé mi barca al americano, sí —dijo.

—Descríbamelo.

—¿Qué?

—Que me diga cómo era el americano: ¿alto, bajo, rubio, pelirrojo…?

El negro tardó todavía un par de segundos en comprender.

Luego asintió, y, a su manera; describió a Clinton Lukas, mientras Brigitte iba asintiendo con la cabeza. Cuando terminó, el negro señaló el dinero.

—Me dijeron que una mujer pagaría mil chelines a quien le hablase del americano.

—En efecto, yo he hecho, correr la voz por ahí, y parece que ha dado resultado… ¿Sabe usted que la Policía está buscando a ese hombre, porque temen que haya tenido un accidente?

—Yo no sé eso. Dimos el paseo el americano y yo, volvimos, y él se fue. No tengo ganas de complicarme la vida con la policía… Podrían creer que yo había matado al americano para quedarme su dinero.

—¿Y no ha sido así?

El negro abrió mucho los ojos. Luego, frunció el ceño, y se quedó mirando hoscamente a Brigitte.

—Yo no he matado a nadie —gruñó.

—Entonces, quizá debió decirle algo a la Policía, ¿no?

—La Policía no me va a dar mil chelines.

—Claro —al sonreír, Brigitte dejó estupefacto al negro—. Yo sí se los voy a dar si me dice dónde está el americano.

—¡Yo no sé dónde está! Me han dicho que sólo tenía que hablar de él, y eso sí puedo hacerlo.

—Muy bien. Pues hable de él.

—Ya lo he hecho… Él me alquiló la barca, fuimos a hacer «goggling», volvimos, y se fue.

—¿Fueron los dos solos?

—Sí… Los dos solos, sí.

—¿Y nadie se acercó a su barca?

El negro parpadeó, como desconcertado, confuso.

—No, nadie… Nadie.

—¿Adónde fueron?

El negro señaló hacia delante.

—Al mar… Por ahí. Al mar. Hicimos «goggling».

—¿Miraban el fondo del mar? ¿Eso fue todo?

—Sí, todo. El americano tomaba fotografías. Muchas. Con una buena cámara. Muy buena. Muchas, muchas, muchas fotografías.

—¿Recordaría usted el mismo recorrido?

—Claro que sí.

Brigitte asintió, volvió a abrir el maletín, y sacó otro fajo de billetes igual que el primero. Los señaló.

—Dos mil chelines. Son para usted, si me lleva con su barca por los mismos sitios que llevó al americano.

El negro miró codiciosamente el dinero.

—La llevaré, sí. Dígame cuándo quiere que…

—Ahora.

—¿Quiere hacer «goggling» ahora? Pronto será de noche…

—Ahora. Y si es necesario, mañana volveremos. Y tendrá otros mil chelines.

El negro se puso en pie.

—Voy a por mi barca —dijo; y echó a correr.

Seis o siete minutos más tarde, la barca apareció, acercándose a la playa. Brigitte tomó su maletín, y fue hacia la orilla del mar. El negro saltó al agua, y tiró de la barca hasta que Brigitte pudo saltar a ella sin mojarse. Segundos después, se alejaban de la playa, el negro al volante de la barca, señalando hacia delante.

—Por allí hay muchas rocas en el fondo. El americano estuvo tomando muchas, muchas fotografías.

—Haga el mismo recorrido. Lo más exacto posible a como el americano le pidió que lo hiciera la otra vez.

—Sí, lo haré.

Brigitte estaba mirando ya el fondo del mar, que se veía con la misma claridad que podría verse el interior de una pecera… Se sentó sobre el cristal, y sonrió: era como estar volando sobre la superficie del agua. Abajo, en efecto, peces y arena. Luego, comenzaron a aparecer rocas, algas, peces más grandes… Para la espía, el espectáculo era sencillamente maravilloso. Volvió la cabeza, y vio tras ella el resplandor rojo del sol sobre las aguas, sobre la espuma que iba produciendo la lancha al hendir el agua velozmente…

Y de pronto, el negro paró el motor. El silencio fue súbito. Brigitte miró al negro, interrogante.

—Aquí me dijo que debía parar —explicó el negro.

—¿Aquí? ¿Por qué?

—No sé. Tomaba muchas fotografías.

Brigitte volvió a mirar el fondo. Las rocas estaban a menos de cinco metros de la gran plancha de cristal. Rocas, algas… Ya no

habían peces. Ni uno solo.

Y esto era extraño…

De pronto, Brigitte respingó fuertemente, al ver aparecer bajo ella, pegada al cristal, aquella cara negra. En seguida apareció otro negro, nadando bajo el agua.

Y luego otro, y otro… Cuatro negros que se colocaron bajo el gran cristal, como queriendo que ella los viese bien… De pronto, Brigitte alzó la mirada hacia el negro de la barca, que estaba ante ella, mirando también a los otros negros que nadaban bajo el cristal, boca arriba, como mirándolos a ellos dos.

El negro de la barca soltó una risita.

—La están esperando —dijo—: salte.

Brigitte achicó un instante los ojos. Luego, llevó sus manos velozmente hacia el maletín…, pero ni siquiera tuvo tiempo de alzar la tapa: recibió en pleno pecho el puntapié del negro, que la tiró de espaldas sobre el cristal y saltó inmediatamente sobre ella, aplastándola con su pecho enorme, poderoso, mientras la rodeaba con sus brazos, impidiéndole mover los suyos… Pero el negro debió pensar también en las piernas de Brigitte. Ésta movió una, flexionándola bajo el cuerpo del negro, y golpeó en su bajo vientre con la rodilla. El negro lanzó un alarido, aflojó la presión de sus brazos…, y Brigitte se escapó entre ellos como una anguila. Giró en seguida hacia el negro, que se estaba colocando de rodillas, y le lanzó un tremendo atemi de judo, con los nudillos, a la garganta. El negro emitió un extraño sonido, y cayó de cara sobre el gran cristal…, bajo el cual ya no se veían a los otros negros.

Brigitte se puso en pie al mismo tiempo que recogía el maletín, y, en ese mismo instante, dos de los negros aparecían colgados de la borda de la barca. Movieron con fuerza los brazos, la barca se balanceó, y Brigitte salió despedida hacia atrás, soltando el maletín en su intento de utilizar los brazos para agarrarse a algo.

No consiguió tal propósito, y un instante después caía de espaldas al mar. Se hundió, apareció en seguida en la superficie, y miró hacia la barca, que se mecía todavía, debido al fuerte impulso. Dio un par de brazadas hacia allí, pero algo la asió de un pie, y tiró de él hacia abajo, con pavorosa fuerza.

Con una cantidad mínima de aire en los pulmones, la espía se hundió. Abrió los ojos bajo el agua, y vio ante ella la forma borrosa

de un negro. Miró hacia abajo, y vio a otro, que ahora asía también su pie libre. Tiró con fuerza, intentando desprenderse de aquellas manos grandes, fortísimas… inútil.

El negro que tenía ante ella se acercó, y la asió por los cabellos. Con: los ojos desorbitados, a punto de comenzar a tragar agua, Brigitte comenzó a debatirse… mientras los otros dos negros aparecían también. Nadaban con una soltura admirable, con poderosos movimientos. Uno de ellos consiguió asirla de un brazo… Y mientras tanto, tiraban de ella hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo…

Abrió la boca, ya notando sus pulmones a punto de estallar. Y lógicamente, cuando abrió la boca, ésta se llenó de agua, que tuvo que tragar inmediatamente. En su desesperado intento de respirar, Brigitte volvió a abrir la boca…, y de nuevo tragó, agua. Y otra vez, y otra vez más…

En muy pocos segundos, Brigitte Montfort pasó de la borrosa visión de aquellos fortísimos hombres negros, a la más completa oscuridad.

Capítulo V

Finalmente, pudo abril los ojos, soportando aquella claridad intensa a la que había tenido que acostumbrarse. Viendo el techo, tuvo la impresión de que se encontraba dentro de una caja de pulidas paredes pintadas de rojo. Rojo color fuego.

Se incorporó, quedando sentada en aquel estrecho catre que también era de color rojo en todos sus detalles…

Fue entonces cuando vio a Luciferius.

Tenía que ser, Luciferius.

Estaba sentado en un taburete, asimismo de color rojo, colocado junto al catre. La miraba fijamente, y, a su vez, Brigitte se quedó mirándolo, impresionada a su pesar. Incluso, durante los primeros segundos, asustada por aquella visión.

Ciertamente, aquel ser tenía cuerpo de hombre…, pero cabeza de demonio: rostro estirado, muy largo, con una barbita blanca en la punta de la barbilla. En la frente tenía dos pequeños cuernos negros, que destacaban en su rostro, de color rojo intenso. Pero aún más destacaban los ojos, de color verde claro. El conjunto era grotesco y espeluznante, y sugería con claridad una personalidad demoníaca.

Pero; pasados los primeros instantes, Brigitte se limitó a alzar las cejas en un gesto de simpática displicencia.

—¿Es tiempo de Carnaval? —preguntó.

El extraño personaje alzó, sus manos enguantadas en rojo, y comenzó a aplaudir; mientras sonreía, mostrando sus blanquísimos dientes. Llevaba un mono también de color rojo, con muchos bolsillos de cierre de cremallera. Aplaudía lentamente, sin hacer ruido, y sonreía. Brigitte dejó de mirarlo, para echar un vistazo alrededor… No había nada que pareciese una puerta, o ventana. Era como si, en efecto, estuviesen en una caja de color fuego. En cuanto a la luz, llegaba de la parte alta del techo, de la juntura entre éste y

las paredes. Una luz indirecta, bien tamizada…, y por supuesto, de color rojo.

Volvió a mirar al personaje, que seguía aplaudiendo, y alzó una mano.

—Gracias, gracias… No se canse más, por favor, Luciferius.

Éste dejó de aplaudir, y señaló a Brigitte.

—¿No se ha dado cuenta de que está desnuda? —preguntó en inglés, con voz aguda, chillona.

—Me he dado perfecta cuenta de ello —asintió la divina—. Pero eso no tiene importancia, cuando no hace frío.

Luciferius se echó a reír. También su risa era aguda, silbante. Parecía el silbido de una cafetera cuando el vapor ya es excesivo en su interior.

—No hace nunca frío en el infierno —dijo alegremente, sin dejar de reír.

—Ah… ¿Estamos en el infierno? Pues aquí debe haber algún error, porque yo siempre he sido una buena nena, así que no merezco el castigo del infierno, sino el premio del cielo.

—Jiiiiii-jí-jí-jíiiiiiiiii… —volvió a reír Luciferius—. ¡Me gusta usted! ¡Me gusta mucho, y pronto la haré mía! Nos acostáremos juntos, y haremos una cosa muy bonita, como consecuencia de la cual, dentro de nueve meses usted me dará un hijo.

—No se lo aconsejo —sonrió Brigitte—. Será terrible para usted, querido mío.

—¿Terrible? ¿Por qué?

—Porqué cuando yo tenga hijos, serán ángeles… ¿Se imagina el disgusto que se iba a llevar usted cuando viese que tenía un hijo angelical?

—¡Jí-jíiiiiiii-jíiiiii… jíiiiiii…!

—¿Le parece gracioso?

—Es que… jí-jíiiiii… es que, antes de hacerla mi esposa, la convertiré en diablesa. ¿Comprende? Dentro de muy poco, usted será una perfecta diablesa, apta para tener el privilegio de recibirme como marido, cuando a mi me venga en gusto.

—Bueno —Baby movió la cabeza con un gesto que mostraba satisfacción—, realmente, ¿qué hay de malo en ser la reina de los infiernos? Tendremos muchos hijos diablillos, viviremos en una gruta llena de fuego muy hermoso, comeremos nutritivas piedras al

rojo vivo, y en lugar de café beberemos lava… Me parece fascinante. ¿Cuándo empezamos?

Luciferius volvió a reír, mientras se daba palmadas en los muslos, mostrando claramente su regocijo… Los más bellos ojos azules del mundo estaban fijos en él, sin poder disimular una chispita de perplejidad. ¿Estaba ante un loco? Porque no podía ser de otro modo… Un loco, o un bromista con un grandioso sentido del humor. Cualquier cosa podía ser aquel sujeto. Cualquier cosa menos, por supuesto, un demonio.

—¿Tienes también prisionero a Clinton Lukas? —preguntó, de pronto.

—No —replicó Luciferius, sin dejar de reír—. A ése lo matamos, porque no nos hubiesen dado cincuenta millones de dólares por él.

Brigitte se pasó la lengua por los labios.

—¿Lo han matado? —susurró.

—Sí, claro… Lo suspendimos por los pies, y lo metimos de cabeza dentro de una gran cazuela llena de fuego. Fue muy divertido, aunque no chilló nada, nada, nada… Otros hombres han chillado mucho, pero éste no chilló nada, nada, nada… Primero comenzó a arderle el cabello, y luego la piel, que se fue arrugando y tomando un color negro, mientras despedía ese olor tan delicioso de carne quemada… Lástima que no gritase, y se retorciese… Era un hombre raro.

Brigitte cerró los ojos, y se pasó las manos por la cara, que notó fría y rígida. Como había estado temiendo, habían matado a Clinton Lukas… Quizá de un modo menos espectacular de lo que decía Luciferius, pero, sin duda, lo habían matado. Ahora, ella podía saltar contra Luciferius, y partirle el cráneo con un solo golpe… Sí, eso era lo que podía hacer, lo que deseaba hacer. Lo deseaba más que nada en el mundo… Pero, ¿qué pasaría después? En su mente apareció aquella imagen de la película que le había mostrado tío Charlie: el mundo envuelto en explosiones y llamas. Para evitar eso, decía el mensaje escrito en la película, la CIA debía enviar a su mejor agente a Mombasa. Pero…, ¿para qué querían al mejor agente de la CIA, sí luego se limitaban a matarlo?

Apartó las manos, y miró a Luciferius, inexpresiva.

—¿Por qué hicieron venir al mejor agente de la CIA si sólo querían matarlo? —susurró.

—Él no era el mejor agente de la CIA —replicó Luciferius—. El mejor agente de la CIA es usted, Baby. Al otro no lo necesitamos para nada: la queríamos a usted.

—¿Para venderme por cincuenta millones de dólares?

—Sí, sí.

—Están perdiendo el tiempo. Creo que los chinos ofrecen quince millones, y los rusos, ocho o diez… Posiblemente, ambos hayan aumentado la recompensa por mi cabeza, pero, ciertamente, no creo que estén dispuestos a pagar cincuenta millones.

—Los rusos y los chinos, no —admitió Luciferius—. Pero la CIA sí los pagará. Tenemos la absoluta certeza de que la CIA no aceptará de ninguna manera perder a su agente Baby. Al menos, eso es lo que ha asegurado Nadia Novorkin.

—¿Nadie Novorkin? ¿Quién es?

—Usted la conoce como Melanie Hobson.

Brigitte frunció el ceño, y quedó pensativa, sombría. Sí, ya había comprendido que Melanie formaba parte del juego, pero… demasiado tarde. Lo comprendió instintivamente cuando vio aparecer el primer rostro negro bajo el cristal de la barca… La habían estado aguardando a ella, no les interesaba nadie más. Así que Melanie Hobson la había esperado, y la había ido conduciendo hábilmente hacia la trampa, previendo todos sus pasos y decisiones: ir a la playa de Bamburi, preguntar si un americano así y asá había alquilado una barca, ofrecer una recompensa por informes sobre él… Sencillamente, Nadia Novorkin había sabido hacer su trabajo…, y ella había sido en exceso confiada.

—¿Fue usted también quien envió a los dos negros a mi habitación? —preguntó.

—¡Claro! Pero según parece, usted los venció. Nadia no se lo explica todavía, pero tampoco está demasiado sorprendida, pues asegura que es usted una mujer muy peligrosa. De todos modos, Nadia hubiese podido matarla, mientras usted llevaba a mis amigos hacia la playa, de madrugada.

—¿Ella me estuvo viendo?

—Naturalmente. Pero había que capturarla viva, no matarla.

—Para pedir dinero a la CIA por mí.

—Sí. En estos momentos, quizá la película esté llegando a la Dirección de la Central.

—¿Qué película?

—La que tomamos después de traerla aquí y evitar que muriese… Si no la hubiésemos auxiliado, ahora estaría muerta, ahogada. Pero ya ve que no queremos eso… Así que la cuidamos bien, y le tomamos una película, que hemos enviado, con un hombre a la CIA. Yo creo que tendremos la respuesta muy pronto.

—¿Cuánto hace que me atacaron en la barca?

—Unas doce horas. Por cierto: ¿cómo se siente?

—Lo bastante bien para desear un encuentro con Nadia Novorkin… ¿También fue ella quien metió en la trampa a Clinton Lukas?

—Claro que sí. ¿Por qué le gustaría encontrarse con Nadia?

—Para romperle el cuello.

Luciferius se echó a reír.

—Sería interesante presenciar un combate entre usted y Nadia. Por si esto llegase a ocurrir, le advierto que ella es muchísimo más peligrosa de lo que parece.

Un frío destello apareció, por un brevísimo instante en los ojos de Brigitte Baby Montfort. Pero en seguida encogió los hombros.

—Dando por sentado, naturalmente, que no estamos en el infierno…, ¿dónde estamos?

—¿Por qué no ha de creer que estamos en el infierno?

—Porque si estuviésemos en el infierno, vería aquí viejos conocidos a los que envié a tan desagradable lugar. Hablemos en serio, Luciferius: ¿dónde estamos?

—Digamos que… a la puerta del infierno.

—Está bien. Ya me está cansando esta conversación tan estúpida. Dígame una cosa: ¿debo entender que han organizado todo esto sólo para capturarme y obtener cincuenta millones de la CIA?

—Eso es sólo el antepenúltimo paso.

—¿El antepenúltimo? Bien: ¿cuáles serán el penúltimo y el último?

—El penúltimo lo saben todos. El último, sólo yo lo sé.

—¿Y no piensa informarme sobre ello?

Luciferius movió su cornuda cabeza de un lado a otro.

—No. Usted no es nada, no es nadie… Sólo me interesa en cuanto al dinero que puedo obtener por usted.

—¿Y luego me dejarán marchar?

—Por supuesto que no. La mataremos… Nadia asegura que es usted demasiado peligrosa para confiarnos. Yo no creo que lo sea tanto, pero tampoco estoy dispuesto a correr ningún riesgo.

—Me parece inteligente por su parte. Naturalmente, Nadia es rusa… ¿Significa esto que ustedes están realizando algún trabajo extraño para Rusia?

—No. Nadia es hermana de un agente de la MVD, el cual le ha hablado con frecuencia de usted… Cuando nos dimos cuenta de que se había terminado el dinero, ella tuvo la idea de capturarla a usted, y pedirle a la CIA más de lo que pudiesen estar dispuestos a pagar otros servicios de espionaje, eso es todo.

—¿Ella no trabaja para la MVD?

—No, no. Aquí nadie trabaja para nadie… Sólo para nosotros mismos.

—¿Y qué es lo que pretenden? Cincuenta millones de dólares es una buena cantidad, un buen objetivo, pero está claro que quieren algo más… ¿Qué cosa?

Luciferius se quedó mirándola fijamente, con sus extraordinarios ojos verdes que destacaban en el rojo rostro demoníaco! Por fin, movió la cabeza de nuevo, y musitó:

—Usted no se ha asustado de mí…, y parece que no es fácil que pueda asustarse por nada, así que puedo decírselo: vamos a terminar con el mundo. ¿Vio la película que enviamos a la CIA?

—Sí.

—Pues eso es exactamente lo que va a pasar dentro de poco: el mundo estallará, envuelto en fuego…, porque yo voy a abrirle al mundo la puerta del infierno. Es una puerta que ustedes están utilizando Hace mucho tiempo, jugando con ella… Están jugando con el fuego del infierno. Muy pronto, dejarán de jugar, cuando yo abra definitivamente esa puerta. No le importe, por lo tanto, morir dentro de un día o dos: se ahorrará asistir al horrible final. ¿Está asustada?

—No.

—Lo suponía. Volveremos a vernos, señorita Montfort.

Luciferius se puso en pie, fue hacia una de las paredes, y apoyó la mano en ella. Al instante, un recuadro de pared se movió, hacia afuera, dejando paso al demoníaco y grotesco personaje. Apenas

hubo salido éste, la puerta se cerró de nuevo, y la pared quedó como si allí no hubiese puerta alguna.

Brigitte estuvo quizá un minuto con la mirada fija donde sabía que había una puerta. Luego, saltó del catre, y se acercó allí. Puso la mano en la pared, exactamente en el mismo sitio donde la había puesto Luciferius, pero la puerta no se abrió… En cambio, tras ella oyó un fino sonido, un roce suavísimo.

Se volvió rápidamente, y se quedó mirando la pared de enfrente de la puerta… Una pared que se iba alzando, dejando visible un gran recuadro de luz dorada. Al mismo tiempo a su alrededor comenzó a vibrar, de modo apenas perceptible; tan difícilmente perceptible que se preguntó si no sería una falsa impresión suya.

Se acercó a la pared que se estaba alzando, dejando al descubierto el cristal. Un cristal que debía ser muy grueso, pero de transparencia purísima. Y a través de ese gran cristal, parecido al de los fondos de las barcas para «goggling», Brigitte vio la gran cantidad de peces que se alejaban… La revelación le sorprendió sólo un instante: estaban bajo el mar. Debían tener una gran cantidad de agua encima, pero todavía se filtraba hasta allí la luz del sol. Y no se había equivocado: había una vibración allí… Supo de qué se trataba cuando fue viendo algunas rocas y flora marina que iban quedando atrás: se estaban desplazando. Y la vibración sólo podía ser debida a unos motores puestos en marcha.

«Estamos en un submarino —se dijo—. No puede ser otra cosa».

Afuera, el espectáculo era maravilloso, para su gusto: fina arena blanca, como una plancha de mármol con infinitas arruguitas, y en muchos sitios, rocas con vegetación de color rojo, de color verde, de color amarillo y azulado… Los peces habían desaparecido, sin duda asustados por la poderosa máquina que navegaba bajo las transparentes aguas…

Oyó el chasquido tras ella, y se volvió. La puerta se había abierto, y dos hombres blancos, vestidos corrientemente, entraron a toda prisa, pistola en mano, apuntándola.

—¡Apártese de ahí! —gritó uno de ellos.

El otro apretó junto a la línea de la puerta, y la pared que ocultaba el cristal comenzó a descender.

—¿He provocado la alarma? —sonrió Brigitte.

Los dos nombres la miraban fijamente. Sus miradas parecían

«tocar» aquel hermoso cuerpo desnudo que semejaba hecho de seda y de oro.

—No vuelva a tocar nada —advirtió uno de ellos.

—Está bien. ¿No podría vestirme, y comer algo? Acepto que Luciferius haya decidido matarme, pero no me gustaría que utilizase el hambre: es lento y fastidioso.

—Si vuelve a tocar algo, la mataremos antes de recibir la respuesta de la CIA. Está advertida.

Los dos hombres salieron, y la puerta se cerró, Brigitte se volvió hacia la pared de cristal, pero también ésta había quedado de nuevo oculta.

Se sentó en el centro del catre, con las piernas cruzadas, y se dedicó a pensar. No tenía la menor duda de que estaban en un submarino, por difícil que fuese admitir el hecho de que un grupo de particulares pudiese disponer de semejante nave. Y sabiendo que estaba en un submarino, quizá las cosas pudiesen solucionarse, o, al menos, simplificarse. Salvo pequeñas diferencias técnicas y de diseño, en lo fundamental todos los submarinos son iguales, o muy parecidos. Y ella sabía perfectamente cómo era y cómo funcionaba un submarino… Pero eso de nada le servía, puesto que, en cuanto intentase salir de aquella celda con mirador al mar, sonaría la alarma, y varios hombres armados emprenderían su búsqueda, caza y muerte, sin más contemplaciones. Eso, en el supuesto de que, realmente, pudiese salir de aquella celda…

Frunció el ceño al recordar a los cuatro negros que habían aparecido, de pronto, bajo el cristal de la barca. Por allí cerca no había visto embarcación alguna, y, ciertamente, los negros no llevaban tubos de aire, lo cual les habría permitido llegar allí desde la costa nadando bajo el agua, o quizá haberla estado esperando. Pero no… Habían aparecido allí mismo, y por lo tanto, debían haber estado en el submarino. Lo cual quería decir que del submarino se podía salir directamente al mar…

Lo difícil era encontrar esa puerta al mar…, que podía convertirse en una verdadera puerta al infierno, a la muerte.

¿Qué habría querido decir Luciferius al asegurar que él iba a abrirle al mundo la puerta del infierno?

Capítulo VI

La puerta de la roja celda se abrió casi tres horas más tarde, según calculó Brigitte.

Los dos hombres de antes entraron, portando uno sus ropas y el otro una bandeja con comida, que depositó en el suelo, mientras el primero arrojaba las ropas sobre la cama. Detrás de ellos, dos hombres más, un negro y un blanco, que la apuntaban con sendas pistolas.

Brigitte miró, amablemente al que había traído sus ropas.

—¿Me permitiría usted ver su brazo? —pidió.

El hombre la miró con gesto interrogante, pero de pronto sonrió burlonamente.

—Yo, yo no llevo esa señal —dijo—. No soy un negro tonto, que se deja marcar.

—¿Eso quiere decir que ese negro —señaló el que la apuntaba con su pistola— sí lleva la señal?

—Sí, él sí. Y todos los negros que trabajan para el Consorcio directamente a las órdenes de Luciferius.

—¿Sólo los negros? Bien… ¿Quizá Luciferius es negro?

—Yo más bien diría que es rojo, ¿no? —rió el hombre.

—Es un divertido disfraz —sonrió la divina—. ¿Qué es eso del… Consorcio? Consorcio…, ¿de qué?

—De diablos —rió de nuevo el hombre.

El otro también soltó una risita, y ambos se dirigieron a la puerta. Salieron, la puerta fue cerrada, y Brigitte quedó de nuevo sola en el silencioso lugar. Ya, ni siquiera se oía la vibración, desde hacía más de dos horas. Después de la alarma habían navegado un rato, pero de nuevo debían estar detenidos en el fondo de blanca arena…

Tomó la bandeja, la puso sobre la cama, y echó un vistazo indiferente a los alimentos. Si fuese necesario, ella era capaz de

comer incluso papel, raíces o cigarrillos. Pero no era necesario recurrir a esto, porque los alimentos tenían un aspecto apetitoso.

Se dedicó a comer. Luego, se puso sus ropas, lentamente, muy pensativa, examinándolas con una atención que no parecía tener sentido. Estaba todo, desde luego ya seco: los sujetadores y los pantaloncitos, de suave color azul; la blusa también azul, la falda blanca, los zapatos…

Después de vestirse, se tendió en la cama, y se quedó dormida.

No supo cuánto tiempo había pasado hasta que se volvió a abrir la puerta. Para entonces, hacía quizá dos horas que había despertado. Eran los mismos cuatro hombres, que se llevaron la bandeja de la comida y le dejaron otra, por lo qué Brigitte calculó que debía ser la hora de la cena… Es decir, que iba acumulando horas y horas de inactividad, mientras afuera… ¿Qué debía estar ocurriendo afuera, en el mundo?

Pasó la noche durmiendo a ratos y pensando a ratos. El silencio era prodigioso; como si se hubiese quedado completamente sorda. En cambio, oía los latidos de su corazón, que parecían resonar en la celda…

Por la mañana, había tomado ya una decisión. Y supo que era la mañana porque la puerta volvió a abrirse, y sus carceleros entraron de nuevo.

—¿Qué clase de desayuno acostumbra tomar usted? ¿Ligero o abundante?

—Considerando mi inactividad, creo que me sentará mejor un desayuno ligero: café y fruta. Nada más. ¿Es posible?

—Claro.

—También quisiera cigarrillos.

—De acuerdo.

—Es usted muy amable. ¿Qué noticias hay?

—¿Sobre qué?

—Sobre mi rescate, por ejemplo.

—La CIA ha aceptado, desde luego. Se están ultimando los detalles para entregarla a usted a cambio del dinero.

—Ésa sería una buena noticia, si no fuese porque sé que Luciferius piensa jugar sucio. ¿Qué más pasa en el mundo?

—Muchas cosas. Por ejemplo, está eso de la entrevista entre los presidentes de Estados Unidos y Francia en la isla Martinica, los

países productores de petróleo, la OPEP, ha aumentado el precio por barril, aunque parece ser que hay una extraña martingala por la que las propias compañías absorberán dicho aumento… No he entendido eso muy bien. Malta se ha proclamado anoche en república independiente…

—¿Qué me dice usted? ¿Ya?

—Ya. Volveremos dentro de unos minutos con su desayuno.

—Y cigarrillos.

—Y cigarrillos, claro está.

De nuevo sola, Brigitte pensó en Número Uno. Malta era ya una república independiente… Quizá Número Uno decidiese tomar por fin esa nacionalidad… Se dio cuenta, de pronto, de que estaba perdiendo el tiempo, y decidió terminar con aquella situación: tenía que salir de allí fuera como fuese.

* * *

Los cuatro hombres recorrieron parte del pasillo, y se detuvieron delante de una de las puertas. El que llevaba la bandeja miró a los dos que estaban más retrasados.

—Mucho cuidado —recomendó una vez más.

El que estaba a su lado abrió la puerta, tirando de ella, mientras los otros dos preparaban las pistolas. Todos vieron a la prisionera tendida en la cama. Entraron los dos de siempre, y el que llevaba la bandeja, el mismo de siempre, entró en primer lugar, diciendo:

—Aquí tiene su desayuno. Y cigarrillos… ¿Qué pasa? ¿No le interesan?

La prisionera no se movió. Estaba tendida boca arriba, inmóvil, con los ojos cerrados… Parecía que había dejado de respirar. El de la bandeja y su acompañante habitual cambiaron una viva mirada de sorpresa y alarma. La bandeja fue dejada en el suelo. Los dos se acercaron, pistola en mano, vigilantes… Y los dos a la vez vieron la pequeña cantidad de espuma verdosa que había en un lado de la boca de Brigitte Montfort. No comprendieron en seguida. Luego, la impresión fue tal que ambos palidecieron.

—¡Se ha envenenado! —aulló el de la bandeja.

El otro se acercó más, guardando la pistola, e introdujo la mano por el escote de la blusa, hacia el corazón de la prisionera.

—Está muy fría —jadeó—, pero todavía vive… El corazón está latiendo, muy débilmente.

—Luciferius nos va a quemar vivos si esta mujer muere, teniendo en cuenta las exigencias de la CIA sobre su rescate… ¡Lo ha preparado todo muy bien, y ahora…!

—¡Vamos a llevarla a la enfermería, pronto!

—Con cuidado… ¡Puede morir de un momento a otro!

Entre los dos, alzaron a Brigitte, retirándola de la cama. El que la tomó por los tobillos se dio cuenta de que, en efecto, la carne de aquella mujer estaba muy fría: una frialdad que pareció atravesar la piel de su mano, y subirle por el brazo, estremeciéndola.

—Maldita sea… —jadeó.

Salieron al pasillo con ella, y fueron apresuradamente hacia popa, mientras el de la bandeja le gritaba al negro:

—¡Ve a buscar al doctor McComb, sácalo de la cama! ¡Dile que venga inmediatamente a la enfermería! ¡Corre!

El negro echó a correr en dirección opuesta por el deslucido pasillo, mientras los otros tres se dirigían a la enfermería. Pasaron varias puertas, y finalmente llegaron a su destino. Allí, como en todo el submarino, se evidenciaba la vetustez de éste. Era, simplemente, un viejo cascarón que quizá había sido comprado como chatarra…, pero que, con habilidad, había sido puesto de nuevo en condiciones de navegar. Un capricho caro, salvo que se esperase obtener grandes beneficios utilizando el viejo combatiente de acero y tornillos oxidados…

Colocaron a Brigitte en la camilla metálica, y miraron a todos lados, como buscando una solución al problema que se les presentaba.

—¡Maldita sea tu estampa! ¿Por qué demonios ha tenido que hacer esto?

—Me gustaría saber qué clase de veneno ha utilizado —dijo el otro, inclinándose a mirar la espuma verdosa—. Dicen que los espías llevan cianuro y cosas así en sitios insospechados, como las uñas, o en un depósito diminuto en un diente…

—¿Qué importa eso ahora? ¡Lo ha hecho, eso es todo! ¡Maldita sea la madre que la…! ¡No vamos a poder cobrar esos cincuenta millones de la CIA, pues los que traerán el dinero querrán verla, y llevársela en la lancha! ¿Cómo van a aceptar pagar por un cadáver?

—Será mejor que te calmes —farfulló el tercero del grupo de vigilantes—. Todo está previsto, y quizá también podamos engañar a los de la CIA, aunque ella esté muerta… ¡Ahí viene el doctor!

El doctor McComb entraba en aquel momento en la enfermería, en pijama, con expresión desorbitada, desgreñados sus abundantes cabellos negros. Era un hombre alto, fuerte, de tórax descomunal y tan velludo como el de un gorila. Tenía unas manos enormes, una de las cuales buscó inmediatamente el corazón de la espía, casi arrancando la blusa de un tirón. Mientras notaba en su mano la fina y delicada forma fría del seno izquierdo, notaba el lento latir de aquel corazón…, y miraba la espuma verdosa en la boca.

Comenzó a farfullar, y acto seguido se dedicó a llenar una jeringuilla con el contenido de una ampolla. Al volverse, tropezó con el negro, que parecía no saber dónde ponerse.

—¡Aparta, idiota…! —vociferó—. ¡Fuera de aquí! ¡Fuera todos, en seguida! Id a vuestros puestos… ¡Y no le digáis nada a Luciferius, pues quizá pueda reanimarla! Comportaros como si nada estuviese ocurriendo.

Los cuatro hombres salieron atropelladamente de la enfermería, y cerraron la puerta. McComb expelió un poco de líquido por la punta de la aguja, se inclinó sobre el brazo izquierdo de Brigitte Montfort, buscó la vena, y clavó allí la aguja. Comenzó a impulsar el líquido, lentamente… Y mientras lo hacía, alzó la mirada para observar alguna reacción en el bello rostro femenino.

Había reacción, en efecto.

Los ojos de Brigitte estaban ahora abiertos, fijos en McComb. La sorpresa de éste fue tal que dejó de apretar el émbolo de la jeringuilla. Su boca quedó abierta, en gesto estupefacto…, mientras un extraño escalofrío recorría su cuerpo al captar la expresión de los grandiosos ojos azules que parecían fotografiarlo.

En el mismo instante en que McComb iniciaba un gesto para erguirse, y se disponía a lanzar un grito de alarma, el brazo derecho de la espía internacional se movió. Velozmente. El puño cerrado, pero con el nudillo del dedo corazón sobresaliendo más que los otros, le acertó de lleno en la sien izquierda, en un golpe seco y breve… La muerte fue fulminante. El doctor McComb desorbitó los ojos, la boca quedó como desencajada, y cayó hacia atrás, doblándose sus piernas, inertes sus brazos.

Para cuando llegó al suelo, Baby había saltado ya de la camilla. Se quedó mirándolo unos segundos, dispuesta a rematarlo de un puntapié si todavía el hombre reaccionaba, pero esto no sucedió. Con el dorso de la mano, retiró de la comisura de su boca la espuma verdosa. Se arrodilló junto al médico, y se limpió la mano en el pijama. Movió la cabeza con disgusto.

—Esto no lo había calculado —musitó—. ¿Cómo había de traer un arma un sujeto en pijama?

Por supuesto que McComb no llevaba encima arma alguna. Pero, realmente, la espía más peligrosa del mundo disponía allí de todo un arsenal… De armas blancas, por supuesto. Fue a una de las vitrinas, la abrió, y comenzó a sacar bisturíes, tijeras, lancetas… Las fue colocando en la palma de su mano izquierda. Cuando ya no quedaron más de aquellas pequeñas y afiladísimas armas, cerró la mano, y miró hacia la puerta. Se acercó, y aplicó el oído… No parecía que hubiese nadie afuera. Esto es, que las órdenes de McComb habían sido obedecidas.

Abrió la puerta, y salió al pasillo, encaminándose inmediatamente hacia proa. No podía equivocarse.

Sus descalzos pies parecían no tocar el suelo siquiera. Ni el más leve susurro, mientras se desplazaba con la agilidad de una gatita, mirando, vigilante, a todos lados. Cruzó una puerta, recorrió otro tramo de pasillo…, y el negro que acabó de cruzar en aquel momento la compuerta que tenía enfrente, se quedó mirándola atónito, muy abiertos los ojos. Inmediatamente, abrió la boca.

Se oyó el fino silbido del bisturí cruzando el aire, y en seguida, el gemido gorgoteante del negro, que llevó ambas manos allá donde se había clavado el instrumento de cirugía: en plena garganta. El negro retiró el bisturí de un tirón, pero, realmente, ya estaba muerto. Cayó de espaldas, quedando con la zona lumbar arqueada sobre el borde inferior de la compuerta. Brigitte pasó por encima suyo al otro lado, tras mirar los desorbitados ojos; se inclinó, movió el brazo del negro, y pudo ver la marca de Luciferius.

—Yo te voy a enseñar a marcar a la gente…

Siguió adelante, siempre calculando dónde podía estar la parte del submarino que ella buscaba.

Y no se equivocó. Abrió la pesada compuerta de acero, entró en la sala de torpedos, y lo primero que vio fue al hombre que estaba

inclinado sobre un artefacto raro, al que de momento no le prestó la menor atención… Toda su atención la estaba dedicando al segundo bisturí, que ya estaba en su mano derecha. El hombre, de raza blanca, había alzado la cabeza, en un gesto natural y tranquilo, pero la expresión cambió bruscamente al ver a la hermosísima mujer que tenía el brazo derecho hacia atrás y por encima de su cabeza, el busto arqueado…

—¡EEEEeee…! —Inició un grito el hombre.

¡Fssss!, silbó el bisturí, un instante antes de clavarse sobre su corazón. El hombre emitió un ronquido, su rostro se crispó en una mueca horrenda, sus ojos parecieron querer mirarse uno a otro, y cayó de bruces sobre el artefacto que había estado examinando, rebotó y rodó por el suelo.

Brigitte cerró la compuerta, echó un vistazo al hombre recién muerto, y luego se quedó mirando el artefacto: parecía un gigantesco tornillo. Tenía forma y tamaño de torpedo, pero su superficie no era lisa, sino estriada. Como si una afiladísima cuchilla sin fin se fuese enroscando alrededor del torpedo; el mejor modo de definir aquel artefacto era el mencionado: un gigantesco tornillo.

La pequeña compuerta que permitía acceder a su interior estaba abierta, y evidentemente, el hombre había estado examinando algo dentro del torpedo-tornillo. Brigitte se quedó mirando los mecanismos, con las cejas alzadas en un gesto de leve perplejidad. Bien, aquello era ya demasiado para ella. Por supuesto que tenía una noción exacta del funcionamiento de un torpedo, pero muy esquemática. Para ella, pues, aquéllos eran, sencillamente, los mecanismos de propulsión del torpedo-tornillo.

Se acercó a la parte delantera del proyectil. En la punta estaba el hueco para el detonador, pero éste no había sido colocado… Quizá tampoco contenía todavía la carga explosiva… Atónita, se dio cuenta de que estaba «mirando» más proyectiles iguales a éste. Habían cinco más, colocados uno sobre otro, a la derecha de la entrada. En total, seis torpedos-tornillo…

El submarino comenzó a vibrar.

—Se han dado cuenta ya —susurró.

Seguramente, habían visto al negro, caído de riñones en la compuerta. Y la alarma había sido dada. En la sala de máquinas,

arriba, la tripulación había puesto en marcha el vetusto navío bélico… Y no tardarían en comprender que ella sólo podía estar en la sala de torpedos.

Se acercó a uno de los tubos, y lo abrió. Por supuesto que era lo bastante amplio para que su cuerpo pudiese pasar a través de él. Sólo tenía que entrar allí, atraer la circular compuerta, y deslizarse hacia la salida.

—¡Señorita Montfort! —Sonó de pronto la chillona voz de Luciferius en la sala de torpedos—. ¿Está loca? ¡Estamos sumergidos a más de doscientos cincuenta pies! ¡Si pretende escapar por uno de los tubos lanzatorpedos, sólo conseguirá morir reventada por la presión en cuanto llegue al agua! ¡Y todavía estamos descendiendo más, en estos momentos! ¡Piénselo bien!

Brigitte palideció. No por la perspicacia de Luciferius, sino por el informe de que se hallaban sumergidos a aquella profundidad, que se alejaba mucho de sus cálculos. Sus cálculos habían sido de unos setenta a cien pies, como máximo, presión que sabía podía resistir. Pero, ciertamente, esos cálculos estaban basados en la luz dorada que había visto cuando alzó la pared que le permitió ver el mar a través del grueso cristal: si la luz solar llegaba hasta allí, significaba que la profundidad era la calculada por ella. Pero, ¿por qué tenía que creer que también en aquel momento estaban a la misma profundidad? El submarino había navegado, y era perfectamente posible que en aquel instante estuviesen a doscientos cincuenta pies, no a setenta o cien…

Y con esa presión directamente sobre su cuerpo, era seguro que moriría…

—¡De acuerdo! —Oyó de nuevo a Luciferius—. ¡Usted va a hacerme perder cincuenta millones de dólares! Pero usted va a perder mucho más: su vida. Y esto, en unos momentos en que las condiciones de la CIA para su devolución le son altamente favorables. Tanto, que quizá tenga que entregarla con vida, en contra de mis deseos y mis planes… Su actitud es absurda… Estamos ya a trescientos veinte pies. Y seguimos descendiendo. Si es usted razonable, saldrá de esa sala antes de que transcurran diez segundos. Con las manos en alto, y los dedos muy separados, sin nada en ellos. Inicio la cuenta atrás: diez, nueve, ocho, siete, seis…

Trescientos pies de profundidad.

Brigitte Montfort suspiró profundamente, y se volvió hacia la compuerta de la sala de torpedos. Todavía dirigió una mirada al cadáver del hombre que había estado trabajando allí. Puesto que su intención había sido escapar por un tubo lanzatorpedos, ni siquiera se había interesado por apoderarse del arma o armas que aquel hombre pudiese tener encima. Podía hacerlo ahora, pero… ¿de qué les serviría? Sabía que en cuanto saliese de allí, habrían varios hombres bien armados esperándola, apuntándola, dispuestos a disparar.

—… es, dos, uno…

Justo en el momento en que la chillona voz de Luciferius anunciaba el cero, Brigitte abría la compuerta y alzaba las manos tal como le habían ordenado.

Y en efecto, allí, delante de la compuerta, había media docena de hombres, blancos y negros, apuntándole con sus armas.

Cruzó el metálico umbral, saliendo al pasillo. Cuatro de aquellos hombres eran los que ya conocía. La miraban furiosamente, en especial el que más había hablado con ella, que masculló:

—Puerca maldita… ¡Ya nos advirtió Nadia que debíamos tratarla sin ninguna consideración!

Sé acercó a ella, alzando la pistola. Y cuando Brigitte se disponía a esquivar aquel golpe, le propinaron otro por detrás, en la cabeza. Un millón de lucecitas aparecieron ante los ojos de Brigitte Montfort.

Luego, de nuevo la oscuridad absoluta.

Capítulo VII

Apenas abrir los ojos, vio a los demonios.

Habían cinco. A uno de ellos lo conocía ya: era Luciferius. Estaba sentado a la cabecera de una mesa, mirándola fijamente, con sus resplandecientes ojos verdosos, inexpresivo el rojo rostro adornado con los dos pequeños cuernos.

A su derecha, a un lado de la mesa, habían dos demonios. A la izquierda, otros dos. Pero, así como todo el aspecto de Luciferius sugería un demonio de pies a cabeza, los otros hombres solamente llevaban una máscara que podía ser de cartón pintado, más o menos parecida a la de Luciferius, pero mucho menos perfecta. Y no llevaban aquellos absurdos cuernos negros. Por lo demás, los cuatro hombres vestían corrientemente. En definitiva, mientras Luciferius parecía tomarse muy en serio su papel de demonio, los otros cuatro, simplemente, ocultaban sus rostros tras aquellas máscaras, que no habrían asustado ni siquiera a un niño.

Inmediatamente después, Brigitte se dio cuenta de que estaba atada a una silla, que había sido colocada junto a la mesa, y que se hallaba en lo que treinta años atrás había sido la sala de oficiales del submarino. Esta vez no estaba desnuda. Descalza, sí, pero llevaba la falda y los sujetadores.

—Usted —dijo de pronto Luciferius, convencido ya de que se había recobrado completamente— es una persona que crea problemas, señorita Montfort. Y debo decirle que a mí no me gustan esa clase de personas.

—A mí tampoco —musitó la espía—. Y está equivocado respecto a mi: yo no creo problemas, sino que me dedico a resolver los que crean personas como usted y sus amigos. ¿Qué es lo que pretenden ustedes realmente?

—Usted no ha sido traída aquí para hacer preguntas —intervino uno de los demonios—, sino para recibir un mensaje que deberá

trasladar a la CIA, en principio.

—¿En principio? —Miró Brigitte al que había hablado.

—Sí, en principio. Esperamos que luego la CIA comunique nuestro mensaje al Gobierno norteamericano, quien, seguidamente, se encargará de exponer nuestras órdenes en el próximo Consejo Mundial de la ONU.

—¿Ustedes pretenden dar órdenes a la ONU?

—Al mundo entero, por medio de la ONU.

—Ya entiendo —Brigitte sonrió con amable ironía, pese a que le dolía la cabeza, y notaba en ésta la sensación latente allá donde había recibido el golpe, ahora lleno de sangre seca, formando una masa con sus cabellos—. Ustedes son de esos chicos listos que quieren gobernar el mundo, o algo así. Como se dice en los telefilmes: ya he escuchado esa canción antes de ahora, Jimmy.

—¿Cree que está en situación para mostrarse irónica? —preguntó secamente otro de los demonios.

—Mi situación, según tengo entendido, no es demasiado mala, ya que la CIA parece habérselas arreglado para que me entreguen con vida, sin trucos, fastidiando así al señor Luciferius. Por otra parte, ya que piensan utilizarme como mensajera, quiere decir que saldré viva del submarino, y, obviamente, que llegaré a la Central de la CIA, para dar su mensaje. Así pues, considerando mi supervivencia, puedo permitirme la satisfacción de ser irónica. Bien: ¿cuál es el mensaje que debo llevar a mis jefes de la CIA?

Hubo un breve silencio, durante el cual, los demonios se miraron unos a otros, por los pequeños orificios practicados en las máscaras para los ojos. Finalmente, todos se quedaron mirando a Luciferius, que asintió con la cabeza.

—¿Vio usted la película que enviamos a la CIA? —preguntó.

—Sí.

—Esa película tenía dos objetivos. Uno de ellos, atraerla a usted a estos lugares, para capturarla y pedir por su rescate cincuenta millones de dólares. El otro objetivo, era mostrarles a ustedes lo que realmente podemos hacer con el mundo si nos lo proponemos.

—¿Incendiarlo completamente? —murmuró Brigitte.

—En efecto. A menos que nuestras órdenes sean cumplidas con toda exactitud.

—Ya. ¿Y… cómo podrían ustedes incendiar el mundo?

—Tenemos medios para ello, se lo aseguro. Debería usted sentir más interés por nuestras órdenes.

—Claro… ¿Cuáles son esas órdenes?

—Como primera fase, la entrega, por parte de la ONU, de mil millones de dólares, en billetes de curso legal de Estados Unidos, y de nominaciones no superior a mil dólares.

—¿Y la segunda fase?

—Será oportunamente puesta en conocimiento de la ONU en cuanto hayan cumplido la primera. De todos modos, puedo adelantarle a usted que nuestro objetivo final y definitivo es establecer entre nosotros cinco, un Gobierno Central Mundial, que sería conocido, simplemente, como Consorcio.

—Ah. Sí, el Consorcio… Resumiendo: lo que ustedes pretenden es gobernar el mundo. Nada más que eso.

—Vuelve a ser usted irónica, señorita Montfort.

—Más que nada, me siento aburrida. Sus pretensiones encajan perfectamente en la línea de mis… trabajos habituales. He conocido a muchos chiflados con esos deseos de poder, y me gustaría hacerles una observación al respecto.

—La vamos a escuchar con gran interés.

—Muchas gracias. Veamos… Esto de gobernar el mundo es algo que puede ser muy complejo… o muy sencillo. Depende de los gobernantes. A mí, particularmente, eso de que haya un Gobierno Central, o Consorcio, me tiene sin cuidado. Lo que sí me preocupa es la conducta de ese Consorcio. Me explicaré: si lo que ustedes pretenden no es lo que yo entiendo exactamente por gobernar, están perdiendo el tiempo…

—¿Qué entiende usted exactamente por gobernar? —intervino uno de los demonios.

—Dirigir a las masas de todo el mundo de modo que disfruten de éste, de la paz, de todos los bienes que nuestro planeta pone a nuestra disposición. Sé muy bien que las masas deben ser gobernadas, pero, en su beneficio, no en el de unos pocos privilegiados. Para mí, un gobernante debe estar al servicio de las masas, no viceversa. Hay que elegir al mejor, o a los mejores, y decirle: éste es nuestro mundo; tú que eres más listo que nosotros, por favor, gobiérnanos, dinos qué debemos hacer para que TODOS disfrutemos de la vida en paz. ¿Son éstos los propósitos de ustedes?

—Aproximadamente —rió Luciferius.

—Entiendo. Y me parece que no hay gran cosa más que hablar. ¿Cuándo van a venir a rescatarme?

—Estamos esperando de un momento a otro la llamada que nos informará sobre eso —dijo Luciferius—. ¿Recordará bien todo lo que tiene que decirle a sus jefes?

—Naturalmente.

—Bien. Debo decirle que estamos resentidos con usted: ha matado al doctor McComb, y a dos hombres de la tripulación. Si usted vuelve a intentar algo, la mataremos, aun a riesgo de retrasar la consecución de esos cincuenta millones de dólares que ahora precisamos con cierta urgencia. ¿Está claro, señorita Montfort?

—Por supuesto.

—Muy bien. Y ahora, háganos un pequeño favor personal: díganos qué clase de… veneno utilizó usted.

—¿Veneno? —Alzó las cejas Brigitte.

—La espuma verde que tenía en la boca.

—Ah… Por cierto que no era veneno: era banana.

—¿Banana? —exclamó uno de los demonios.

—Un trozo de banana masticado con un pedazo de mi blusa de color azul hasta conseguir desprender este color, y con la mezcla, obtener un aceptable tono verdoso.

—Verdaderamente interesante. Y muy ingenioso. Pero nos han dicho que usted estaba fría, casi como un cadáver. ¿Cómo explica eso?

—Una simple suspensión temporal de las funciones vitales por medio del yoga: Sabía que me inyectarían algo para mantenerme con vida, y que reaccionaría al ser pinchada… Lo único que falló en mi plan de encontrarme fuera de aquella celda, fue lo de la profundidad del submarino.

Hubo unos segundos de silencio. Luego, sin más explicaciones ni comentarios, los cinco demonios se pusieron en pie, y abandonaron la sala de oficiales. La pesada puerta se cerró, y Baby quedó sola, atada de pies y manos a la silla. Tardó muy poco en soltarse, pero, evidentemente, esto había sido previsto por Luciferius, y no parecía que le importase, ya que de ninguna manera se podía salir de allí. La puerta estaba cerrada, y las paredes eran metálicas. Baby sólo podía esperar.

* * *

La espera duró, según sus cálculos, unas diez horas, durante las cuales no vio a nadie. No le trajeron comida, ni bebida, ni cigarrillos. Simplemente, la tuvieron allí como si fuese una fiera peligrosa…, lo cual, por cierto no se apartaba mucho de la realidad.

Finalmente, la puerta se abrió y entró Luciferius, seguido de los cuatro vigilantes habituales de la divina espía.

—El contacto se ha realizado y todo está a punto para su canje, señorita Montfort. Estamos en superficie, prácticamente. Ahora sí va a tener la oportunidad de salir por uno de los tubos lanzatorpedos.

—Estoy preparada.

—Magnífico. Veo que consiguió soltarse.

La espía encogió los hombros. Luciferius señaló la salida, y ella salió al pasillo, donde esperaban dos hombres más, que la miraron como queriendo adivinar cualquier reacción agresiva por su parte. Lo cual no entraba, en esta ocasión, en los cálculos de Brigitte.

Fueron todos a la sala de torpedos. Brigitte miró los artefactos que parecían tornillos, y luego a Luciferius, que estiró sus rojas facciones en una seca sonrisa.

—Creo que nadará usted mejor sin falda —dijo.

Brigitte quedó en sujetadores y pantaloncitos. Habían allí cuatro hercúleos negros, en bañador… Seguramente eran los mismos que había visto bajo el cristal de la barca cuando la capturaron. Debían ser unos nadadores excelentes. Y por supuesto, vio en el codo de un par de ellos la marca blanca de Luciferius. Lo cual le dio que pensar: aquella tontería, ciertamente, no encajaba con unos planes como los que tenía el Consorcio…

—Sería una estupidez —oyó la voz de Luciferius— que usted intentase burlar a mis hombres en el agua. Le ruego que acepte las cosas como han sido decididas entre sus compañeros y nosotros.

—¿Qué tengo que hacer?

—Simplemente, nadar. Arriba, a muy poca distancia del submarino, hay una lancha en la que le están esperando dos agentes de la CIA enviados especialmente para esta operación. Ellos van a entregar el dinero cuando usted se halle en la lancha. Luego, se irán los tres. Es simple, pero práctico y conveniente para todos.

—Estoy preparada —asintió Brigitte.

Habían dos tubos lanzatorpedos abiertos. Primero salieron por allí los negros, de dos en dos. Finalmente, lo hizo Brigitte… Se metió en el tubo, éste fue cerrado, y la espía se deslizó por la resbaladiza cavidad tubular, hasta llegar a la plancha de cierre. La empujó con un puño, y el agua entró, lentamente, hasta llenar el tubo una vez más. Las veces anteriores, tras salir los negros, el agua había sido expulsada por aire a presión. Y lo mismo sucedería cuando ella hubiese salido…

Llenó de aire sus pulmones un instante antes de que el tubo quedase lleno de agua, acabó de empujar la trampilla, y salió del submarino, abiertos los ojos. Delante de ella vio a los cuatro negros, esperándola, demostrando su capacidad de resistencia bajo el agua, muy superior a la de ella, que inmediatamente se impulsó hacia la superficie, que parecía una lámina de metal rojo.

Segundos después, podía llenar de aire puro sus pulmones. Los negros aparecieron rodeándola, pero ella ya estaba mirando la lancha azul y blanca que se mecía suavemente sobre el agua, a motor parado, a unos cincuenta metros. Junto a la borda habían dos hombres y una mujer. No conocía a los hombres, pero sí identificó inmediatamente a la mujer: Melanie Hobson, es decir, Nadia Novorkin.

—Tú y yo nos volveremos a ver, amiguita —decidió fríamente Brigitte.

Nadaron los cinco hacia la lancha. Al llegar allí, uno de los hombres tendió la mano, ayudándola a subir a bordo. Y Brigitte se encontró ante la irónica y maliciosa mirada de la rubia rusa.

—Es usted una persona afortunada —dijo Melanie Hobson—. La CIA no sólo ha pagado, sino que ha querido imponer sus condiciones para recuperarla. Ahora, usted y sus amigos se irán en la lancha, y eso será todo.

—Por ahora —deslizó Brigitte.

—Si no me ataca ahora, ya no podrá hacerlo nunca —rió Melanie Hobson.

—Ahora, no. Si complico las cosas, sólo conseguiré que el submarino salga a la superficie y nos haga pedazos a mis compañeros y a mí. Pero ya nos veremos, Nadia Novorkin: Baby se lo promete.

La Novorkin volvió a sonreír. Luego, tomó la maleta que

contenía cincuenta millones de dólares, y que estaba metida en un saco de plástico, por supuesto impermeable. La tiró al agua, e inmediatamente, uno de los negros desapareció tras la maleta, hacia el fondo.

—Si yo fuese usted —dijo la rubia—, me alejaría de aquí a toda prisa, antes de que Luciferius tenga la buena idea de faltar al trato y subir de todos modos a la superficie. Al fin y al cabo —señaló hacia el agua—, ya tenemos el dinero.

Sin más, Melanie Hobson se lanzó al agua, desapareciendo, seguida por los otros tres negros. Brigitte miró a los dos silenciosos agentes de la CIA, que la contemplaban ansiosamente.

—¿Están armados? —murmuró.

—Desde luego. El trato fue que…

—Alejémonos de aquí. ¡Pronto! Luego hablaremos.

Uno de los espías puso el motor en marcha, y la lancha partió, consiguiendo muy pronto gran velocidad. Brigitte miraba hacia atrás, frunciendo el ceño. Pero, al parecer, el canje se estaba efectuando con limpieza. Dentro de muy poco, anochecería, el cielo rojo se iría tomando negro, y se llenaría de estrellas. Para entonces sería imposible que el submarino alcanzase a la velocísima lancha.

Brigitte miró al agente de la CIA que estaba junto a ella, sonrió de pronto, y le besó en ambas mejillas. Luego fue hacia el que pilotaba la lancha, e hizo lo mismo.

—Gracias —sonrió—. Gracias a los dos por correr este riesgo por mí.

—Oh, no ha habido riesgo. Puntualizamos muy bien las cosas con esa mujer cuando acudimos a la cita.

—¿Los citó también en el Whitesands Hotel?

—No, no. El encuentro fue en el muelle de Mombasa. Nosotros llegamos allí directamente del aeropuerto, y ella apareció un par de minutos después con la lancha. Seguramente, nos había estado esperando, observando de lejos el lugar de la cita en el muelle. Cuando nos preguntó por el dinero.

—Espere —pareció quedar sin aliento Brigitte—. ¿Fue ella quien les proporcionó esta lancha?

—Sí, claro. La dejaremos…

—¡Salten! —gritó Brigitte, súbitamente pálida—. ¡Salten al agua, pronto!

—¿Qué… qué…?

—¡Por Dios, salten! ¡AHORA!

Hizo girar la llave del contacto, y el motor de la lancha se detuvo. Hubo como un frenazo que hizo perder el equilibrio a los tres por un instante. Brigitte se asió a la borda, y miró a los dos Simones con expresión desorbitada.

—¡Al agua! —gritó casi histéricamente—. ¡Al agua, al agua!

Se impulsó, y saltó ella en primer lugar, vuelta la cabeza, viendo a los dos agentes de la CIA disponiéndose a hacer lo mismo a toda prisa. Se hundió…, y justo entonces, cuando debía estar a unos tres metros de la lancha y por dos debajo de la superficie del agua, ésta pareció explotar y convertirse en sangre al mismo tiempo. El estampido llegó como algo pesado y blando a sus oídos, con tal fuerza que le pareció que eran perforados. Fue desplazada con tal fuerza y violencia que temió que todos sus huesos fuesen a romperse; le entró agua por la boca y la nariz, su cabeza fue sacudida, su cuerpo pareció sometido a la implacable presión de una poderosísima prensa…

Girando, envuelta en espuma, casi perdido el conocimiento, dolorido el cuerpo como si acabase de ser brutalmente apaleada, Baby se encontró de pronto en la superficie, sometida al oleaje creado por la explosión de la lancha…, de la cual quedaban unas cuantas astillas nada más.

Todavía cayó espuma sobre ella, y otros pedazos de la lancha. Respirando ávidamente, la espía fue girando en busca de sus compañeros de la CIA, con la esperanza de que, como ella, hubiesen saltado a tiempo. En vano. Alrededor de ella sólo había agua. Agua, agua, agua… El mar; el grandioso mar. Eso era todo.

De pronto, y pese a la perturbación de sus oídos, le pareció oír un motor. Sí, estaba segura de ello… Giró hacia el sol, es decir, hacia el Oeste, y por tanto, hacia la costa de África. Entonces vio otra lancha, todavía muy lejos, acercándose velozmente.

Y al mismo tiempo, muy cerca de ella, apareció el submarino, pintado en un tono verde-azul muy parecido al del agua. Una gran ola llegó hasta Brigitte, alzándola, zarandeándola. El submarino quedó en la superficie, y muy pronto aparecieron tres hombres en la chorreante cubierta, corriendo hacia uno de los pequeños cañones antiaéreos, al cual quitaron su protección.

¡Boum!, sonó el primer cañonazo, por encima de la cabeza de Brigitte.

Y mucho más allá, el agua saltó en blanco surtidor, muy cerca de la lancha que se acercaba. Angustiada, Brigitte quiso gritar a los de la recién aparecida lancha que se alejasen, pero no tenía voz ni fuerzas para nada. Estaba aturdida, ensordecida, su visión no era buena. Pero sí lo bastante para poder ver que la lancha seguía acercándose, acercándose…

«Por Dios, no —pensó Brigitte—. ¡Que no se acerquen más, que no me maten a más Simones!».

¡Boum!, sonó el segundo cañonazo por encima de Brigitte. El proyectil pasó reventando el aire, llevando un crujido insoportable a sus oídos.

¡Boum!

Ya bastante cerca, la lancha que se acercaba saltó en pedazos, envuelta en fuego, en humo, en agua pulverizada. Baby cerró los ojos y se quedó allí, flotando, sin fuerzas, destrozada por la angustia, que parecía una bola amarga incrustada en su garganta. Lo estaba comprendiendo, pero ya no tenía remedio. Lo estaba comprendiendo todo: Melanie había preparado la lancha para que, al ser puesto el motor en marcha por segunda vez, es decir, después de rescatarla a ella, pusiese en marcha un mecanismo de relojería que funcionaría en un plazo de tiempo que a ella le permitiese estar ya lejos de la lancha. Realmente. ¿Qué importa que fuese Baby quien llevase a la CIA el mensaje del Consorcio, o que hiciesen llegar ese mensaje por cualquier otro conducto? Lo único que habían pretendido fue confiarla, conseguir el dinero. Luego, todos los de la CIA que intervenían, y ella misma, debían morir…

Notó algo en un brazo. Abrió los ojos, y vio ante ella a uno de los negros. También estaban los otros tres.

—Nos han dicho que elija entre venir al submarino de nuevo o que la ahoguemos —dijo el negro que la sujetaba del brazo.

Brigitte apretó los párpados de nuevo, y las lágrimas se desprendieron. Pero su rostro estaba demasiado mojado para que los negros apreciasen la diferencia entre las lágrimas y el agua del mar.

Sin replicar, la espía más peligrosa del mundo comenzó a nadar hacia el submarino.

Capítulo VIII

—¿Y sabe usted a quién le debe el seguir con vida? —preguntó Luciferius.

Sentada en la sala de oficiales, ahora sin atar, Brigitte contemplaba con fría indiferencia al grotesco personaje, Junto a él, de pie, fumando; estaba Melanie Hobson, contemplándola, con sonrisita perversa. Sentados alrededor de la mesa, los cuatro demonios que componían la totalidad del Consorcio. Y ante la puerta, dos hombres, armados, que no perdían de vista a la espía internacional.

—Parece que ha quedado sorda y muda —rió Melanie—. Debe ser debido al miedo que ha pasado. O a la explosión. Sea como fuere, yo creo que no te ha oído.

—Sí me ha oído —sonrió Luciferius—. Sé que puede seguir hablando, porque ella lo oye y lo entiende todo. Aunque supongo que no vamos a encontrar el modo de hacerla reaccionar.

—Yo sé un modo —volvió a reír Melanie—. Puedo decir algo que la hará reaccionar, estoy segura. Por ejemplo: ¿no le gustaría saber cómo murió Clinton Lukas, señorita Montfort? ¿No le gustaría saber también quién le mató?

Baby Montfort no reaccionó. Continuó mirando con fijeza los verdes ojos de Luciferius, pero, en realidad, parecía que no le veía. Estaba como hipnotizada, como en trance total, sumida en sus pensamientos, ajena a todo lo que sucedía a su alrededor.

—Me parece —rió Luciferius— que no lo vas a conseguir, Nadia.

—En mi reloj son las doce en punto —dijo de pronto uno de los demonios—. Ese avión debería estar ya aquí, con el material.

—No puede tardar mucho —dijo otro de los demonios del Consorcio—. Hace ya quince minutos que se realizó el contacto por la radio, y cinco que hemos subido a la superficie. Nos verán de un momento a otro.

—Esperemos que no nos vea nadie más —refunfuñó otro de los demonios—. Ya sé qué es de noche, pero…

—Tranquilízate. Todo está bien planeado. En cuanto a mí —el primer demonio en hablar había tomado de nuevo la palabra—, me limitaría a matar a esa mujer cuanto antes y asunto terminado. No hay ninguna necesidad de correr el menor riesgo. Matémosla.

—No, no —rechazó Luciferius—. Nadia me ha pedido que la conservemos con vida. Sí, señorita Montfort, ha sido Nadia quien, por el momento, ha salvado su vida. De acuerdo al plan, usted tenía que haber muerto, pero, cuando vimos que no había sido así, Nadia pidió que la conservásemos con vida. ¿Y sabe para qué?

Brigitte Montfort permaneció impávida.

—Pues —rió una vez más Nadia Novorkin—, para hacerle a usted lo mismo que le hice a su compañero Clinton Lukas. O sea, matarla de unas cuantas cuchilladas en los riñones. ¿Me ha oído?

La mirada de Baby se desvió lentamente hacia los azules ojos de Nadia Novorkin. Pero eso fue todo. No hubo cambio alguno en la expresión de la espía norteamericana. Simplemente, miró a Nadia.

—Te ha oído —aseguró Luciferius—, pero no parece que la hayas impresionado mucho, Nadia.

—Estoy segura de que sí. Mi hermano me dijo que había un medio seguro para lastimar a la agente Baby de la CIA: matar a alguno de sus compañeros, a los que ella llama Simón. Y yo, no sólo he traído a dos de ellos a una trampa que les ha costado la vida, sino que maté personalmente a Lukas. ¿Lo recuerdas? Estaba de espaldas a mí y yo me acerqué y le hundí el cuchillo en los riñones… ¡Zas, zas, zas, zas…! Cayó de rodillas, se volvió, y me miró…, y entonces fue cuando lo degollé. ¿Lo recuerdas?

—¡Jíiiii-ji-ji-jíiiiii…! —rió Luciferius—. ¡Sí, lo recuerdo, sí…!

—Había otra lancha —recordó uno de los demonios—. Y no hemos podido saber quién o quiénes iban en ella.

—¿Qué importa eso? —Encogió los hombros Nadia—. Seguramente eran más americanos que se las estaban dando de listos respaldando a los dos que recogí en Mombasa. Le estamos dando una buena paliza a la CIA: les hemos matado por lo menos a tres agentes, que debían ser de primera categoría; luego, Clinton Lukas…

Y muy pronto, tendré el placer de matar personalmente a Baby,

como hice con Lukas. Sólo por eso he querido que siga con vida. Cuando la…

Se oyó un golpe en la puerta de la sala de oficiales y todas las cabezas se volvieron hacia allí, excepto la de Baby, que continuó mirando inexpresivamente a Nadia Novorkin.

Uno de los hombres armados abrió la puerta, y entró otro hombre blanco, que señaló hacia arriba.

—El avión ha llegado —dijo.

Hubo un veloz movimiento de todos, poniéndose en pie. Nadia aplastó su cigarrillo en un cenicero, y miró a Brigitte.

—Puede subir con nosotros, si quiere. Seguramente, aprenderá algo más.

—¡Jíiiiiiiiiiiiii…! —rió Luciferius.

Fue el primero en salir. Detrás de él, los cuatro demonios del Consorcio. Luego, Brigitte, controlada por los dos hombres armados, a los que se sumó el que había llegado con la noticia. La última fue Nadia Novorkin, fija su mirada maligna en la espalda de Brigitte.

Subieron todos a cubierta.

En el mar soplaba una brisa fresca, decisiva para mantener despejado de nubes el cielo, que se veía estrellado como pocas veces lo había visto Brigitte. No había luna. Pero la luz de las estrellas era suficiente para iluminar la escena, al multiplicar sus reflejos fríos en el mar…

El otro hombre blanco señaló hacia estribor.

—Allá —musitó.

También Brigitte miró. Vio tres luces rojas, muy tenues, pero suficientes para definir la silueta de un avión que se mecía sobre las aguas. El rumor de éstas contra el casco del submarino era todo lo que se oía. Pero muy pronto se oyó un fuerte siseo, como un chasquido de aire. Brigitte tardó apenas un segundo en identificar aquel sonido: era el aire a presión que estaba hinchando un bote neumático que los del avión habían lanzado al agua.

Y en efecto, un minuto más tarde, el bote llegaba junto al submarino, y cuatro hombres ascendían por la escala de cuerdas con travesaños de madera. Luciferius se acercó a ellos, tendiendo la diestra.

—Sean bien venidos, caballeros. ¿Todo va bien?

—Todo va bien —contestó uno de los recién llegados—. El

material está a su disposición, Luciferius. ¿Tiene el dinero?

—Ya se les dijo por radio que sí.

—En ese caso, pueden proceder a recoger el material… Está dentro de las alas del avión. Pueden arrancarlas con facilidad, y subirlo a bordo. Lo hemos preparado todo de modo que la operación les resultará muy sencilla.

—Estupendo. Mientras se procede a eso, pueden contar su dinero. ¡Volkan, tráelo! Los demás, ocuparos del material.

Uno de los negros depositó ante los pies de los cuatro recién llegados la maleta con el dinero. Luego, se unió a los demás, que saltaban al agua tras lanzar a ésta unas pequeñas plataformas de madera.

Brigitte veía ya claramente los rostros de los recién llegados: eran japoneses. Cuatro japoneses, uno de los cuales se acuclilló, separó el plástico que cubría la maleta, y abrió ésta. El japonés sacó unos cuantos fajos de billetes, y encendió una pequeña linterna, para examinarlos… Lo cual, evidentemente, pensaba hacer con todos. Operación que no merecía el interés de la espía internacional, la cual se dedicó a contemplar la otra, la del avión… Las alas fueron separadas, y alejadas rápidamente del resto del avión, que se hundió en menos de dos minutos. Mientras tanto, las alas fueron abiertas, como si su parte superior fuese una tapa. Del interior, sacaron pequeñas cajas, que fueron colocando sobre las plataformas de madera, y empujadas hacia el submarino. Se oían golpes, jadeos, alguna exclamación, pero ni una sola palabra.

¿A qué distancia debían estar de la costa? Posiblemente, muy lejos. Cincuenta millas, quizá. O incluso más…

Las cajas estaban siendo subidas a bordo, con gran cuidado. Con exquisito cuidado. Las alas del avión también había sido hundidas, no quedaba ni rastro del aparato. El japonés que había examinado el dinero estaba de nuevo erguido, junto a sus tres compañeros. El silencio persistió hasta que la última caja estuvo a bordo, así como los hombres que habían realizado el trabajo de traslado.

Entonces, el japonés que llevaba la voz cantante, murmuró:

—Ya saben cómo ponerse en contacto con nosotros, cuando necesiten más cargas. ¿Podemos dar por terminada la operación?

—Falta un pequeño detalle —dijo Luciferius.

Se apartó rápidamente de los japoneses.

Y comenzaron a sonar los chasquidos de los disparos efectuados con silenciador… Los cuatro japoneses no tuvieron tiempo de nada: cada uno de los demonios se había encargado de uno de ellos, acribillándolos implacablemente… Uno de los japoneses habría caído al mar, si un negro no lo hubiese asido por un tobillo, con rápido gesto…

—¡Jíiiiiiii-jíiii-jiiiii…! ¡Ahora sí que la operación está terminada! ¡Al agua con ellos!

El bote neumático fue destrozado con unos cuantos balazos, y con el peso del pequeño motor fuera borda que los japoneses llevaban para navegar hacia la costa, se fue rápidamente al fondo… Como ellos mismos, a cuyos pies fueron atados hierros oxidados.

—Nos hemos ahorrado cincuenta millones de dólares —dijo uno de los demonios—, pero me pregunto si valía la pena.

—¿Por qué no? —preguntó ásperamente Nadia.

—Cuando volvamos a necesitar cargas…, ¿a quién se las compraremos?

—Dejad eso de mi cuenta —dijo Luciferius—. Volkan, lleva el dinero abajo. Inmersión. Llamad a la villa, para ver si todo está en orden allí, y avisad que llegaremos por la mañana, quince minutos antes del amanecer… ¡Ranko!

—Sí, señor, —se acercó uno de los hombres blancos, plantándose ante Luciferius.

—Tú quedarás al mando del submarino, mientras nosotros estemos en la villa. Os quedaréis sumergidos ante la costa, preparándolo todo para zarpar por la noche. ¿Recuerda bien cómo debes colocar las cargas en los «Berbiquíes»?

—Sí, señor. Todo estará a punto.

—No quiero ningún fallo, así que repasadlo todo bien. No olvidéis que tendremos que navegar casi dos millas para llegar a nuestro objetivo.

—Todo funcionará —aseguró Ranko.

La cubierta fue despejada, la compuerta cerrada. Poco después, el submarino se sumergía silenciosamente en las negras aguas…

* * *

Cuando volvieron a emerger todavía era de noche, pero Brigitte

sabía que muy pronto amanecería. A cubierta subieron ella, Nadia Novorkin, Luciferius, y los cuatro demonios en segundo grado. Ni un solo instante los había visto Brigitte sin aquella máscara de carnaval, mientras había estado con ellos. Poco tiempo, en realidad, pues había pasado el resto de la noche en aquella celda, sola. Y por supuesto, durmiendo: habría sido absurdo desaprovechar la ocasión de mantenerse descansada.

A la izquierda, o sea, hacia el Sur, se veían las luces de una población, que debía ser Mombasa. Enfrente, nada…, Pero de enfrente llegó, muy pronto, una lancha, que se detuvo junto al submarino. En ella habían dos hombres negros, a los que apenas pudo distinguir la espía internacional.

Saltaron los siete a esa lancha, que inmediatamente se alejó del submarino, el cual se sumergió muy pronto… Tres minutos más tarde, la lancha se detenía en un pequeño embarcadero de madera pintada de blanco. Una levísima claridad de color violáceo estaba apareciendo en el cielo por detrás de Brigitte y los demás.

La lancha fue amarrada a uno de los postes, saltaron todos al embarcadero, y Luciferius señaló hacia delante, sin hablar. En menos de medio minuto estuvieron ante la casa construida cerca de la playa llena de cocoteros. Se presentaba un hermoso amanecer, henchido de perfume de flores…

—Tenía ganas de llegar aquí —dijo uno de los demonios—. No me gusta nada permanecer en ese submarino viejo.

Brigitte miraba hacia la casa con indiferencia. Era grande, pintada de blanco… Había una hermosa terraza, y delante de ésta una piscina en forma de pera, rodeada de cocoteros y arbustos de flores, que crecían como irreales adornos en una apretada masa de césped. Un lugar precioso.

—Creo —dijo otro— que deberíamos repartir ahora los cincuenta millones de dólares. Diez cada uno, exactos.

—¿No sería mejor dormir un poco? —propuso Luciferius.

—¿Quién tiene sueño? Yo, no. Ya hemos dormido durante el viaje, ¿no es así? Propongo que desayunemos en la terraza, mientras repartimos el dinero. Ya casi es de día.

—Buena idea —dijo Luciferius—. Podéis nadar un rato en la piscina, para desentumeceros, mientras Kaito nos prepara el desayuno.

—Pues ésa tampoco es mala idea —aceptó inmediatamente el demonio que había propuesto desayunar en la terraza—. Pero si hacemos eso, la señorita Montfort nos verá el rostro, Luciferius.

—¿Qué importa eso, puesto que Nadia la va a matar?

—¿Y qué está esperando? No estoy tranquilo con esta mujer cerca de nosotros, tan silenciosa, mirándonos… Creo que deberíamos matarla cuanto antes.

—Pronto llegará el momento —rió Nadia—. Ella merece una muerte especial.

—Son ganas de complicar las cosas —masculló otro demonio—. Pero de todos modos, yo estoy harto de llevar esta máscara.

Retiró la careta, dejando al descubierto su rostro, que Brigitte miró sin aparente interés. Y no merecía especial interés, desde luego; era un hombre de rostro vulgar, algo grueso, ojos claros… Debía tener algo menos de cincuenta años. Los otros también retiraron sus máscaras, y se quedaron todos mirando a Brigitte, que encogió los hombros.

—¿Nos conoce, señorita Montfort?

—No. Pero supongo que si supiese sus nombres, acabaría por localizarlos como gente más o menos importante en Europa o América… Seguramente, son ricos industriales, que han fabricado esos torpedos-tornillo. O «Berbiquíes», como los llaman ustedes… ¿Qué es lo que tienen que perforar con esos artefactos?

—¿No se está usted pasando de lista? —Gruñó uno de los demonios de Luciferius.

—Quizá. En cuanto al submarino, es un modelo británico que no recuerdo ahora muy bien, pero supongo que hace tiempo que lo compraron, cómo chatarra, para fundirlo en alguna de las industrias de ustedes. Sólo que, evidentemente, prefirieron repararlo y ponerlo en condiciones de navegar. Todo esto, quizá, bajo la dirección de Luciferius. ¿No es así?

—En efecto —rió Luciferius—. ¡En efecto, señorita Montfort! ¿Qué más cosas ha comprendido usted?

—Piensan disparar los «Berbiquíes» contra algún objetivo que debe ser muy duro. Tan duro, que pretenden que los torpedos perforen el obstáculo antes de explotar. Por eso los han fabricado con esa estría de perforación por rotación. La carga explotará sólo cuando el torpedo esté dentro de su objetivo… Pero me pregunto

cómo van a poder conferir semejante fuerza de perforación rotatoria a un torpedo. A menos que el material que llegó en el avión sean Cargas de propulsión atómica.

Incluso Luciferius lanzó un respingo. Los demás, visibles sus rostros, habían quedado lívidos, desencajadas las facciones. Nadia Novorkin lanzó una exclamación, finalmente, y sacó del escote una navaja de resorte; apretó éste, y la hoja salió, centelleante.

—¡La voy a matar ahora mismo…! —gritó.

—Calma, calma —sonrió Luciferius—. Es una mujer inteligente, pero no va a poder perjudicarnos. En efecto, señorita Montfort, lo que hemos… «comprado» a esos japoneses son cargas de propulsión, atómica, que, una vez colocadas en nuestros proyectiles les darán la fuerza de penetración suficiente para llegar a nuestros objetivos. Y una vez dentro del objetivo, se producirán las explosiones.

—¿Y cuál es el objetivo?

Luciferius se sentó con un suspiro de satisfacción en una de las sillas de mimbre de la terraza, y miró un instante hacia donde la claridad solar estaba tomando ya un tono rojo intenso.

—Ya le dije cuál era mi objetivo: el mundo.

Capítulo IX

Brigitte se pasó la lengua por los labios, miró de reojo a Nadia y a los cuatro demonios, y por fin movió la cabeza con un gesto de pesar.

—He estado intentando convencerme a mí misma de que no es así, pero debo darme por vencida: usted está loco.

Luciferius movió negativamente sus cuernos.

—No —aseguró—. Se puede hacer, se lo aseguro… Sólo hay que disparar uno de nuestros torpedos hacia el fondo del mar, por la zona del mar Rojo. ¿Me comprende ahora?

Le tocó el turno de palidecer a Brigitte.

—¿Pretende usted… enviar un torpedo al fondo del mar, de modo, que llegue, a perforarlo, y alcance las bolsas petrolíferas?

Luciferius asintió, con gesto plácido.

—En efecto. Nuestros torpedos, además de llevar una propulsión atómica que permitirá a la estría perforar la capa dura del fondo del mar y llegar hasta las enormes bolsas de petróleo, llevan en la punta un explosivo de alto poder incendiario. Veámoslo de este modo: llega el torpedo, perfora el fondo del mar hasta los yacimientos enormes de petróleo, y allá explota… Ocurren dos cosas. Primera: se produce un… agujero en el fondo del mar que no está controlado por los tubos perforadores habituales, y por lo tanto, el petróleo escapa por allí, libremente… ¿Hacia dónde irá el petróleo contenido en esa gran bolsa submarina?

—Subirá… subirá a la superficie…

—Exactamente. Pero, atención, segundo: ese petróleo no se limita a subir hacia la superficie, sino que puede llegar ya ardiendo, puesto que ha sido inflamado por la carga incendiaria… Esto, a su vez, tiene dos facetas. Una: es posible que en cuestión de minutos, el mar Rojo sea una enorme llamarada que esté consumiendo para siempre y de una vez todas las reservas petrolíferas del mundo

árabe, ya que; dos: lo más probable es que no sólo aparezca petróleo ardiendo en la superficie, sino que, al ser incendiado y no tener… lugar para una expansión normal, la primera bolsa explote. ¿Se imagina la explosión de una de esas bolsas de petróleo submarinas? Hay ahí abajo miles y miles de millones de toneladas de petróleo… ¡Pum!, todo ese petróleo explota, y a su vez hace explotar otra bolsa, y ésta hace explotar otra, y está otra más… Consecuencia, ya está dicho: el mar Rojo será rojo de verdad. Millones de toneladas de petróleo arderán en su superficie, sin que haya nada en el mundo que pueda apagarlas. Quizá el mar Rojo esté ardiendo durante años y años… Y claro, del mar Rojo, el petróleo ardiendo pasará al golfo de Aden, de ahí el océano Indico, mar Arábigo… ¿Para qué seguir? Espero que usted haya comprendido ya que podemos convertir el mundo en un… infierno absoluto.

—A menos —puntualizó uno de los demonios— que la ONU, en principio, nos pague mil millones de dólares.

—¿Quiere decir… que si les pagan, no lanzarán ningún torpedo… de esos?

—Claro que no. Pero si se niegan a pagar, o se burlan de nosotros, les haremos una… pequeña demostración. Empezaríamos con el mar Rojo. Luego, ya veríamos…, si seguían negándose a pagar, claro. Después del primer pago, entraríamos en negociaciones más importantes.

—¿Hasta conseguir el gobierno del mundo… bajo la amenaza de incendiarlo? —susurró Brigitte.

—Ni más ni menos, señorita Montfort. Pero no debe preocuparse: nosotros esperamos que la ONU hará comprender a todo el mundo la conveniencia de aceptar TODAS nuestras condiciones. ¿O quizá usted no lo cree así?

—Hay un refrán que dice: «Del mal, el menos» —susurró la espía —. Creo que es preferible que ustedes gobiernen el mundo a que lo incendien… ¡Sería espantoso!

—Esperamos que la ONU lo entienda así.

—Escuche. Escuchen todos… No crean que estoy buscando ahora una solución personal a mi problema, no… Déjenme marchar, permitan que sea yo quien vaya a decirles lo que puede ocurrir. Tengo muchas influencias de toda clase en Washington, me

escucharán…

—De ninguna manera podernos dejarla marchar, precisamente ahora que nos conoce. Y de todos modos, tendrán que escuchar nuestra amenaza.

—¡Pero quizá no les crean, pueden pensar que ustedes son unos… chiflados, o unos bromistas…!

—Bueno, siempre habrá un medio para convencerlos, no se preocupe.

—Además, ¿qué le importará a usted lo que suceda? —rió Nadia —. ¡Para lo que va a vivir…!

—Te he dicho que esperes —ordenó de nuevo Luciferius—: quiero que la señorita Montfort contemple el espectáculo.

—¿Qué espectáculo? —preguntó uno de los demonios.

—Vosotros también lo veréis. Id a cambiaros para nadar un poco si queréis… Kaito, ve a preparar algo para que desayunemos todos. Tú quédate aquí, Oniro —miró ahora al otro negro—. Y si la señorita Montfort se mueve del sillón, mátala.

—Sí, señor —asintió el atlético Oniro, sacando la pistola.

Brigitte miró a unos y otros, entornando los párpados para ocultar el destello de sus pupilas. Un destello de muerte… Pasara lo que pasase, no podía permitir que aquellos locos…

¡Graaaccc, Graaaccc…!, se oyó de pronto, entre los arbustos de flores y los cocoteros, hacia la playa. Los cuatro demonios y Nadia respingaron, pero Oniro sonrió anchamente.

—Es una gaviota —dijo.

Brigitte se sentó en un sillón de mimbre, delante de Luciferius, y bajó la mirada. Los cuatro demonios estuvieron indecisos unos segundos… Luego, dos de ellos se sentaron también, y los otros dos entraron en la casa, en busca de trajes de baño. Kaito se había ido ya a la cocina. Oniro permanecía de pie, a la derecha de Brigitte, pistola en mano, mirándola muy atentamente.

El sol iba perdiendo su tono rojo para ir tomando una tonalidad más y más amarilla a medida que iba ascendiendo… Ya era completamente de día. Nadia había alzado la mirada, en busca de la gaviota que habían oído, pero no pudo verla. El silencio era total. Uno de los demonios encendió un cigarrillo, y dijo:

—¿Repartimos el dinero o no? Por el momento, no estará nada mal depositar diez millones de dólares en mi cuenta de Suiza.

—Haz tú mismo las partes —aceptó Luciferius.

—Te ayudaré —dijo el otro demonio.

Comenzaron a hacer pilas con los fajos de billetes, en el piso de la terraza, inclinados en sus asientos. Mientras tanto, llegó Kaito con el desayuno, colocado en un gran carrito. Estaba sirviendo a los allí presentes cuando de la casa salieron los otros dos, directos hacia la piscina, pero se desviaron al ver las pilas de billetes.

—Hermoso espectáculo —comentó uno de ellos, sonriendo y frotándose las manos—. Espero que no tengamos contratiempos para llevarnos nuestra parte en el yate, hasta Marsella.

—Lo difícil —dijo el otro— será trasladarlo a Suiza. Es decir, entrar en Suiza, cruzando otros países con semejante fortuna.

—Podemos utilizar un helicóptero: es un medio cómodo y sencillo. Yo quisiera partir hacia Mombasa cuanto antes, así que terminad pronto con esa tontería del baño. Lo mejor sería que tomaseis algo y nos fuésemos de aquí ahora mismo.

—No veo por qué has de ser tan impaciente —dijo Luciferius—. Desayuna tú, y deja que los demás disfruten de sus gustos. Kaito, sírvele ya el café.

—Sí, señor —sonrió Kaito.

—Bueno, nosotros nos damos un baño y venimos en seguida…

Se alejaron hacia la piscina. Kaito sirvió café a los dos demonios que quedaban allí, mirando codiciosamente las pilas de billetes. Brigitte seguía con la mirada fija en el suelo, como ausente…

—Supongo —dijo uno de los demonios, alzando su taza de café, y mirando a Nadia—, que la matarás antes de que nos marchemos nosotros.

—Sí. Pero estoy pensando cómo hacerlo… Una mujer como ella no merece una muerte vulgar.

—Bueno —rió el otro, tras beber un sorbo de café—, yo creo que recibir unas cuantas cuchilladas en los riñones no es una muerte vulgar para una mujer, Nadia.

—Y bien reflexionado —dijo el que tenía en alto su taza—, todas las muertes son vulgares, a fin de cuentas.

—Se te va a enfriar el café —sonrió la rusa.

El demonio encogió los hombros, y bebió de su café. Al alzar la mirada, se encontró con los ojos de Nadia todavía fijos en los suyos. La rusa sonreía, y el demonio también sonrió.

—¿Qué ocurre? ¿Has encontrado ya una muerte divertida para la señorita Montfort?

—Será más divertida cuando ella comprenda cuál va a ser su final. Pero eso sólo lo comprenderá cuando tenga un ejemplo.

—¿Un ejemplo? No comprendo… ¿Qué ejemplo? Creo que…

El otro demonio emitió un levísimo gemido, y el que estaba hablando lo miró. Vio a su compañero muy pálido, abierta la boca en un atroz gesto de angustia, desorbitados los ojos, con una mano sobre el corazón. Una mano crispada, rígida, como todo su cuerpo. De pronto, se relajó, y quedó inmóvil, tras un último estremecimiento fortísimo.

—Frank —se alarmó el otro—, ¿qué te pasa? ¿Te…?

Su cuerpo sufrió una sacudida, y la taza escapó de su mano. También sus ojos se desorbitaron, su rostro se desencajó, se llevó la mano al corazón… Los desorbitados ojos giraron hacia Luciferius, con una expresión de incredulidad, de terror…, y de odio. Su boca se movió, como queriendo decir algo, pero, igual que el otro, se relajó de pronto, y quedó inmóvil, con la mirada aterrada fija en Luciferius.

Para entonces, Brigitte, que había estado mirando a uno y otro durante los últimos segundos, estaba observando ya a Luciferius, que sonreía con su rojo rostro, sus verdes ojos… Desvió la mirada hacia los dos inmóviles, silenciosos demonios, y de nuevo miró a Luciferius.

—Los ha envenenado —susurró.

—En esta ocasión no hay motivos para alabar su inteligencia, señorita Montfort, ya que ello es evidente.

—Pero no comprendo por qué lo ha…

De lo piscina llegó una exclamación. Brigitte miró hacia allí, y vio a los otros dos demonios en el borde, excitados. Dieron media vuelta, y regresaron apresuradamente a la terraza. Se veían perfectamente sus pálidos rostros, mientras se acercaban.

—Me parece —rió Nadia— que han dejado de sentir interés por el baño.

—¡Esa piscina no contiene agua! —exclamó uno de los demonios, colocándose tras el sillón que ocupaba uno de sus compañeros envenenados—. ¡Está llena de gasolina!

Luciferius le miró con expresión de incredulidad.

—¿Gasolina? ¡Vamos, vamos…!

—¡Te digo que es gasolina!

—¡Desde luego que es gasolina! —Apoyó el otro.

—No digáis tonterías… ¿A quién se le va a ocurrir tener una piscina llena de gasolina? —refunfuñó Luciferius.

—¡Huele a gasolina, y es gasolina! —insistió el primero, que, como su compañero, no prestaba atención a los otros dos demonios cómodamente instalados en su sillón mortuorio.

—Kaito —dijo con tono de fastidio, Luciferius—, ve con ellos a ver si esa tontería es cierta.

—Sí, señor —dijo Kaito.

Comenzó a caminar hacia la piscina, seguido apresuradamente por los dos demonios. Brigitte los estaba mirando como olvidada del mundo que la rodeaba. Lo vio todo perfectamente, pero le pareció algo irreal, una pesadilla: Kaito llegó con los dos hombres junto a la piscina, y, de pronto, los empujó a ambos, uno con cada mano Los dos demonios gritaron, y cayeron a la piscina, con fuerte chapoteo. En seguida, Kaito sacó un estuche de cerillas, encendió una, y la tiró a la piscina…

En el acto, el contenido de ésta se inflamó, lanzando una alta llamarada y una efímera nube de negro humo hacia el cielo azul lleno de luz dorada del amanecer… Entre las llamas llegaron hasta la terraza los alaridos de los dos demonios…, paro, sólo durante unos segundos, que Kaito invirtió en regresar, mirar a Luciferius, y decir:

—Sí, señor, ellos tenían razón: parece que es gasolina, señor.

—Sorprendente —movió sus cuernos, Luciferius; y de pronto su mirada saltó hacia Brigitte, como perforándola—. Pero parece que en efecto, es gasolina, ¿verdad?

—Sí, parece gasolina —replicó Baby, con voz tensa.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Yo creo que no está segura —negó Luciferius—. Nadia, acompaña a la señorita Montfort a la piscina, para que se asegure de que la piscina está llena de gasolina.

Una vez más, la divina espía palideció.

—Usted está loco —jadeen—. ¡Es un loco satánico!

—Casi está usted describiéndome exactamente —asintió

Luciferius—. ¿Sabe cuál es mi segundo nombre?: Satanicus. Sí, Luciferius Satanicus… Aunque hay una diferencia entre Satanás y yo… ¿Y sabe usted cuál es esa diferencia, señorita Montfort?

—No creo que exista ninguna diferencia.

—Sí, existe… Por ejemplo, Satanás se conforma con vivir en sus dominios, esperando a sus… clientes. Yo, no. Yo he salido de mis dominios en busca de clientela. Y le aseguro que hay en el mundo mucha clientela para el infierno… ¿No se ha dado cuenta? Todo es malo, todo perverso, todo podrido… Y yo lo voy a purificar.

—Está loco —insistió Brigitte.

—No. Estoy más cuerdo que todos ustedes, que han abierto la puerta del infierno, y están jugando con ella. Eso es, eso sí, una auténtica locura. Ustedes están jugando con fuego, y yo les voy a dar fuego en abundancia. ¿Sabe por qué he matado a estos cuatro desdichados?: porque ellos creían realmente que mi objetivo era el dinero, del mismo modo que era el de ellos. Y no… No… Yo ya tengo dinero: cincuenta millones de dólares. Con eso, puedo seguir adelante mientras se cumple la última parte de mi plan. Ellos —señaló a los dos demonios muertos en los sillones de mimbre— creían que lo de incendiar el mundo era una amenaza, nada más. Estaban equivocados: yo voy a incendiar el mundo, con seis proyectiles. Cuando, dentro de unos años, el mundo deje de arder, me haré cargo de él. Para entonces, la sola idea de que esto vuelva a suceder hará comprender a todos los gobernantes la conveniencia de dejar que sea yo quien tome las decisiones en el futuro. Ya se lo dije: la parte antepenúltima y la última de mis planes. Hasta ahora, le hemos explicado la antepenúltima y la penúltima. Ahora, conoce también la última: quemar este podrido y asqueroso mundo, para intentar hacer algo mejor con sus cenizas.

—Mejor para usted —temblaron los labios de Brigitte.

—Oh, por supuesto. Hay demasiada gente, demasiada miseria… ¿Para qué tanta gente en un mundo así? Vamos a eliminar dos mil millones de seres humanos, y entonces, las cosas irán mejor, mucho mejor.

—¿Está diciendo… que pretende… eliminar dos mil millones de personas? —tartamudeó Brigitte, pálida como un cadáver.

—Exactamente. No hay sitio para tanta gente en la Tierra, así que los vamos a eliminar, y con los que queden, conseguiremos…

un mundo más a mi gusto. En definitiva, ¿qué más da que los elimine yo o la decisión de los países con poderío atómico? Cualquier día, Estados Unidos, o Rusia, o China, llegarán a la conclusión de que en el mundo hay demasiadas personas, y tomarán la decisión de… organizar una guerrita nuclear, destinada a clarear un poco la población terrestre… Es una decisión que no puede tardar mucho en llegar. Con cualquier pretexto más o menos patriótico o económico, se lanzarán a esa guerra nuclear, en la que, como siempre, quien perderá será la masa, el pueblo, la gente que vive y muere sin saber por qué. Pues bien: yo no voy a esperar eso; me voy a adelantar, haré las cosas a mi manera, y antes de que Rusia, Estados Unidos y China se repartan una población diezmada y asustada, yo tomaré el mando del mundo. ¿Sigue pensando que estoy loco?

—Por el amor de Dios… ¡Está usted hablando de asesinar a dos mil millones de personas! —gimió Brigitte.

—Simples hojas de árboles, que volverán a brotar en la primavera… Una primavera lejana, en este caso. Pero ¿qué importa toda esa gente? El mundo seguirá igual, porque todavía quedarán seres vivos. ¿Por qué sorprenderse, o protestar? Ustedes han abierto la puerta del infierno, y yo sólo hago que empujarlos un poco para que caigan en él. Todos quieren ser los más ricos, los más poderosos, utilizando cada cual los medios de que dispone: unos, el petróleo; otros, la madera, o el azúcar, el cobre, el trigo, el agua, toda clase de alimentos, de materias primas o manufacturadas… A su manera, cada cual quiere ser el más fuerte, el más poderoso, el… director de la escena mundial. Muy bien: yo tengo mis medios, y no veo por qué no he de utilizarlos. Unos cuantos torpedos hacia las bolsas de petróleo, el mundo en llamas, y luego, con lo que quede, construiré mi reinado. No soy peor que Estados Unidos, ni Rusia, ni China, ni la India, ni los países árabes. No soy peor que nadie. Sólo soy el que ha tomado la decisión antes que los demás. Y como no dispongo de bombas atómicas, utilizo el petróleo. Soy, repito, no el peor, sino el primero en tomar la decisión, prescindiendo de las hipocresías que todavía utilizan los países poderosos de este mundo. Usted me entiende, ¿no es cierto?

—No… ¡Por Dios, no, no le entiendo! ¡Dígame que va a amenazar al mundo, pero no lo incendie!

—Veo que, desdichadamente, no entiende. Quiero ser el primero, eso es todo. A fin de cuentas, el mundo está destinado a sufrir una hecatombe, a manos de los poderosos. Sólo les retiene la duda de quién es el más poderoso: uno tiene más armamento, pero menos capacidad técnica; el otro tiene menos armamento, pero más recursos alimenticios; el otro no tiene ni una cosa ni otra, pero tiene millones y millones de soldados… ¿Dónde está el equilibrio? ¿Cuál romperá antes ese equilibrio? Yo no voy a esperar. Lo haré yo. Y ahora, señorita Montfort, vaya a tomar un baño.

Brigitte miró hacia la piscina que seguía ardiendo, cada vez más fuerte el olor a gasolina. Luego, miró a Kaito y Oniro. Los dos le apuntaban ahora con sus pistolas. Y detrás de ella, estaba Nadia, con la navaja en la mano, ya fuera la reluciente hoja.

Se puso en pie, lentamente.

—¿No puedo verle todavía su verdadero rostro?

—¿Para qué? Considere que ha conocido realmente a Lucifer, que ha venido a tomar posesión de este mundo que no merece otra cosa… Vea mi rostro tal como está presentado, y acéptelo…

—Lo que veo de usted no es un rostro; es sólo una máscara.

—¿Y qué son las facciones atractivas de todos los gobernantes que pretenden el poder mundial, sino máscaras? Lo que pasa es que esas máscaras son más aceptadas que la mía…, pero no son mejores. Sí, son máscaras que exhiben hermosas y simpáticas sonrisas, pero máscaras, a fin de cuentas. Yo he adoptado la más sincera de todas: la del demonio… El demonio del poder, de la ambición, de la maldad… Señorita Montfort, ¿quién cree usted que lleva realmente una máscara: yo… o los demás?

—Luciferius, podemos…

—¡Basta ya! —exclamó Nadia—. ¡Camine hacia la piscina!

—Sí —asintió Luciferius—. La conversación ha terminado definitivamente. Adiós, señorita Montfort.

Brigitte suspiró profundamente, y comenzó a caminar hacia la piscina. Detrás de ella se colocó Nadia Novorkin, con la navaja preparada para asestar un golpe en cualquier momento. Y detrás de Nadia, no menos vigilante, Oniro y Kaito, los dos atléticos negros armados de pistolas.

A medida que se iban acercando, el calor era más y más insoportable. Brigitte comenzó a notarlo con tal intensidad que se

detuvo. Si caminaba unos pasos más, sus cejas, todo su cabello comenzaría a arder, y se producirían ampollas en su piel…

—¡Siga caminando! —gritó Nadia, tras ella.

Brigitte se volvió, y movió la cabeza negativamente.

En aquel mismo instante, sin que se hubiese oído nada, Kaito se estremeció, soltó su pistola, y cayó de rodillas. Oniro lo miró, sus ojos giraron velozmente en todas direcciones…, y uno de ellos reventó, de un modo pavoroso. Kaito se había puesto en pie, pero su cabeza estalló en seguida de un modo espeluznante. Y Oniro, que todavía estaba sorprendentemente en pie, recibió un balazo en el otro ojo, que lo derribó con la cabeza destrozada por la coronilla…

Todo esto, en menos de dos segundos, a espaldas de Nadia, que ni siquiera se dio cuenta, pues estaba ensordecida por el rugido de la gasolina ardiendo… Pero Luciferius sí se dio cuenta da lo que ocurría con sus hombres de máxima confianza, y se puso en pie, agitadísimo.

—¡Nadia, mátala! —gritó—. ¡Mátala en seguida, tenemos que huir!

Nadia oyó algo. Pero no hizo demasiado caso, porque estaba lanzando el primer navajazo contra el vientre de Brigitte, que se apartó ágilmente, asió la muñeca de la rusa, y la retorció hacia la espalda, obligándole a soltar la navaja. La rubia lanzó un alarido, cayó de rodillas, y, antes de que tuviese tiempo de reaccionar, recibió un rodillazo en pleno rostro que la tiró de espaldas, acercándola más a la piscina… Acercándola tanto, que sus cabellos se convirtieron de pronto en una antorcha.

El alarido de Nadia Novorkin fue espantoso, mientras se ponía en pie, con la cabeza ardiendo. Echó a correr hacia Brigitte, enloquecida, también inflamadas ya sus ropas, convertida en una antorcha… En una horrenda antorcha humana.

La agente Baby, que había recogido rápidamente la navaja, no vaciló ni un instante: la lanzó con toda su fuerza hacia la rusa, que se detuvo en seco, con su propia navaja clavada en el corazón, y luego cayó de bruces, quedando sobre el césped, ardiendo…

Brigitte se apresuró a apartarse de la piscina, regresando hacia la terraza, donde Luciferius vacilaba sobre cuál camino debía tomar para escapar del hombre que había aparecido de pronto allí, muy cerca de él, pistola en mano. Un hombre alto, delgado, pero de

hombros anchos y fuertes, de cabellos color cobre, ojos negrísimos, nariz aguileña, boca muy firme en una barbilla que parecía de roca. Estaba ahora inmóvil, apuntando a Luciferius, el falso demonio vestido de color rojo… Aquel hombre sólo vestía pantalones blancos, zapatillas deportivas, y una camisa negra, de manga corta. En su mano derecha, de dedos largos, quemados por el sol, la pistola parecía formar parte de ella…

—¡Mátalo! —gritó Brigitte—. ¡Mátalo, mátalo!

Luciferius echó a correr, despavorido, intentando alejarse de aquel hombre gigantesco, quemado por el sol, de boca tan apretada que parecía no existir. Un hombre implacable, que siguió brevemente la trayectoria de Luciferius, y apretó el gatillo.

Veinte pasos más allá, Luciferius lanzó un chillido al recibir el balazo en la nuca, y saltó por el aire, como un conejo. Cayó de cabeza, rodó, y quedó inmóvil. El hombre se acercó a él, lo asió por la ropa, y lo llevó hacia la piscina, cruzándose con Brigitte, a la que dirigió una inexpresiva mirada. Cuando llegó al punto de máxima prudencia, se guardó la pistola, alzó a Luciferius con ambas manos por encima de su cabeza, y lo tiró hacia las llamas, con fuerte impulso. La gasolina ardiente salpicó, y eso fue todo.

El hombre de los músculos de acero, se volvió, y caminó hasta llegar ante Brigitte, que le sonrió temblorosamente.

—Has imitado el graznido de una gaviota casi tan bien como yo —murmuró la divina.

—¿Tienes algo que recoger aquí? —preguntó él.

—No, mi amor. Más tarde, sí: el dinero.

—Entonces, vamos a mi coche: tengo allí todo lo que necesitamos. Pero puedo hacerlo yo solo.

—No, mi amor. Te ayudaré… Cuando oí el graznido de la gaviota; creí que soñaba… Pero supe en seguida que eras tú, y que debía esperar el momento adecuado. ¿No deberías estar en Malta, celebrando la independencia del lugar donde vives?

—A mí no me importa Malta en absoluto —replicó adustamente Número Uno.

—¿Hay algo que te importe?

Número Uno no contestó. Pasó su brazo derecho por los hombros de Brigitte, y comenzó a caminar, alejándose de aquel pequeño infierno… en compañía del único ser que le importaba en

todo el mundo.

Este es el final

—¿Y qué más? —exclamó Frank Minello—. ¿Qué más?

—Pues fuimos a donde estaba el submarino sumergido…

—¿Nadando?

—No, Frankie. Utilizamos el pequeño bote hinchable que Uno llevaba en la lancha cuando apareció en el lugar donde me canjearon por cincuenta millones de dólares.

—¿Quieres decir que en la lancha que apareció después iba él?

—Claro.

—Pero… ¿cómo es que no murió al ser alcanzada la…?

—Porque comprendió que no podría luchar con éxito contra un submarino que tenía cañones, y se tiró al agua con el bote. Regresó a Bamburi, se procuro los explosivos, y fue hacia la quinta de Luciferius…

—Pero… ¿cómo sabía él dónde estaba esa quinta?

—Lo sabía —se armó Brigitte de paciencia— porque cuando Peggy le llamó a Villa, Tartaruga, diciéndole lo que ocurría, se fue en el acto al Whitesands Hotel, y allá supo que la única persona que había hablado conmigo extensamente había sido Melanie Hobson, y se dedicó a vigilarla. De este modo, la vio con mis compañeros de la CIA, pero antes la había visto ir a la quinta, donde Melanie Hobson había estado utilizando la radio que había allí para concretar la cuestión de mi rescate con los agentes que la CIA envió. Por eso, cuando el submarino se sumergió después de disparar contra él, regresó a tierra con el pequeño bote hinchable, se procuró explosivos adecuados, y fue hacia la villa de Luciferius, donde se dedicó a esperar mi posible aparición, confiando en que yo sería lo bastante astuta para seguir conservando la vida, fuera como fuese. Esperó el momento oportuno para intervenir, es decir, el momento en que habían menos enemigos que eliminar, si éstos decidían matarme a mí en cuanto él interviniese… ¿Lo comprendes?

Frank Minello se rascó la coronilla, y estuvo unos segundos pensativo. Por fin, asintió con la cabeza, pero todavía rascándose.

—Pues sí que es listo el tipo ese —masculló—. Bueno, ¿qué pasó con el submarino?

—Pues fuimos allá, buceamos hasta localizarlo, colocamos los explosivos en el casco, pusimos en marcha los mecanismos de relojería, y nos alejamos.

—¿Y…?

—¡Boum! —Hizo Brigitte un gracioso gesto de explosión con las manos—. ¡Adiós, submarino! Luego, nos despedimos; yo volví, con los cincuenta millones de dólares, y él regresó a Malta.

—¿Así, tan sencillamente?

—Así, Frankie. Pero dentro de cuatro días lo tendremos aquí, para el día de Navidad.

—La verdad —murmuró Minello—, es que ya ni siquiera soy capaz de hacer bromas diciendo que es un tío antipático… porque no lo es. ¿Verdad?

Brigitte miró a su querido amigo, y sonrió dulcemente. No tenía necesidad de contestar. Charles Alan Pitzer se puso en pie, con la cinta grabada por Brigitte en una mano, la pipa en la otra.

—Ha sido un buen trabajo —murmuró—. Lástima que hemos perdido a tres de nuestros mejores hombres. Pero podía haber sido todo mucho peor, si la hubiesen matado a usted…

—¿A mí? No creo ser tan importante, tío Charlie… Y usted parece olvidar que habían en juego dos mil millones de vidas.

—Bueno… A mí, eso me parece un poco exagerado…

—¿De veras? Pues a mí, no. Luciferius era un fanático ambicioso, pero tenía razón en una cosa: nosotros hemos abierto la puerta del infierno, y cualquier día caeremos en él, Y no me refiero al infierno de llamas y torturas horrendas, sino al que nosotros mismos estamos creando en la Tierra. No es fácil convivir en un lugar donde se mezclan los viajes espaciales y el hambre, la bomba atómica y el arado, los hoteles de Miami Beach y las chozas de hojas de palmera… Nosotros, los que estamos en la mejor parte, no queremos darnos cuenta de ello, pero la verdad existe. Hemos abierto la puerta del infierno, y fatalmente, más pronto o más tarde, caeremos en él…, si no nos apresuramos a cerrarla. Todavía estamos a tiempo…, espero.

FIN